

BOLSIBROS
BRUGUERA

**CIENCIA
FICCION**

SERIE
la conquista
DEL ESPACIO

EL DIA DE LA "MANTIS"

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION



Datos del libro

Autor: Garland, Curtis

Editorial: Bruguera, S.A.

Colección: Colección La Conquista del Espacio, 192

ISBN: 9788402025258

Generado con: QualityEbook v0.60

EL DIA DE LA "MANTIS"

COLECCIÓN LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 192 Publicación
semanal Aparece los VIERNES

BRUGUERA, S. A.

BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ISBN 84-02-02525-0 Depósito legal: B. 5.836 — 1974

Impreso en España — Printed in Spain 1.* edición: abril, 1974

© Curtis Garland — 1974 texto © Alberto Pujolar — 1974
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA,
S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Mora la
Nueva, 2 • Barcelona — 1974

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta
novela, así como las situaciones de la misma, son fruto
exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier
semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales,
será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

187 — El edén de la vida.— *J. Chandley.*

188 — Fuego para un planeta. — *Glenn Parrish.*

189—Diablo con dedos de vidrio. — *Curtis Garland.*

190 — La Tierra agoniza. — *Lucky Marty.*

191 — Inventor de personajes. — *Clark Carrados.*

***La más conocida especie del insecto ortóptero de la familia de los
mántidos, llamada mantis. Adoptan una postura característica,
como de oración, al levantar la parte anterior del cuerpo y juntar
las patas del primer par. Delgados y alargados, patas prensiles y
coloración variable, generalmente verde, con alas translúcidas.***

Mimética, y terriblemente voraz. En pleno desarrollo, mide unos diez centímetros de largo.

Mantis africana:

Especie particularmente gigantesca de la mantis, que como su nombre indica se des— arrolla en Africa. Llega a medir hasta diecisiete centímetros de longitud, y se calcula que devora cotidianamente mucha más cantidad de su propio peso, bien en toda clase de insectos, bien en machos de su misma especie, después o durante la copulación.

PRIMERA PARTE

ZONA DE PELIGRO

CAPÍTULO PRIMERO

SAFARI EN KENYA

—¿**T**ODO a punto?

—Todo, querido. Podemos partir cuando quieras.

—Bien... El señor Garfield está al llegar. Ocúpate de atenderle mientras yo dispongo el material del *jeep*, Helen.

—Sí, Jeff. Yo me ocuparé de todo, no tienes que preocuparte. Espero que el señor Garfield sea puntual.

—Lo será —sonrió Jeff Ralston, tomando el salacot, que aplicó sobre sus canosos cabellos, antes de encaminarse al porche de la vivienda—. Telegrafió desde Rhodesia ayer. Iba a tomar el vuelo inmediato hacia Zanzíbar. Desde allí, partía hoy hacia Nairobi, y ese vuelo habrá llegado ya al aeropuerto o estará al llegar. Terminada su anterior tarea, la que llevaba entre manos cuando nos encontramos con él en Asuán, ahora está a nuestra entera disposición para este safari que tanto has soñado, Helen querida. El señor Garfield es uno de los mejores guías africanos, si no el mejor.

—Al menos, teniendo en cuenta lo que cobra, no parece haber dudas sobre eso —rió irónicamente ella—. Brent Garfield es el primer guía del mundo.

—Posiblemente lo sea. Un inglés afincado en Africa, que conoce tan bien a los nativos como a los animales de este continente. Que lo prevé todo, y todo lo estudia minuciosamente antes de lanzarse a una expedición, sea científica, técnica o simplemente de placer, como la nuestra, cariño.

—Estoy segura de que todo se va a hacer bien —suspiró ella—. Y volveremos a Nueva York con una hermosa piel de leopardo y, quién sabe si también con algún colmillo de elefante.

—Dudo mucho que el safari llegue a tanto —sonrió Jeffrey

Ralston—. Las autoridades de los países africanos no permiten el tráfico de marfil desde hace muchos años, salvo en muy especiales circunstancias. Recuerda que Kenya posee un Parque Nacional donde sólo se permiten safaris fotográficos y cosas así, que no cuesten vidas de animales en peligro de extinción. Nosotros tendremos que ir fuera de los límites del Parque Nacional, al interior del país, por Tanganika y Uganda... Es posible que hallemos esa hermosa piel de leopardo que es tu sueño. O es posible que no. Y, desde luego, hallaremos riesgos, eso por descontado. Conviene, por tanto, ir bien provistos para toda clase de adversidades.

Salió Ralston para ocuparse del equipaje y de los vehículos que les conducirían en breve desde Nairobi hacia el interior de las selvas de Kenya. Helen tenía un criterio equivocado de los safaris. Estos no podían realizarse ya como en la época colonial, ni mucho menos. Hoy en día, los Gobiernos africanos tenían sus leyes y su control sobre las expediciones extranjeras en sus territorios, y había que respetarlo a rajatabla.

Tomó Jeffrey Ralston un *jeep* parado a la puerta de la casa, junto a cuyo volante tomaba asiento un porteador nativo. El vehículo se alejó bajo el cálido sol de la capital kenyata, mientras la esposa del millonario americano se ocupaba en ultimar preparativos de todo tipo para el safari a punto de iniciarse.

Habrían transcurrido solamente unos veinte minutos, cuando un taxi se detuvo frente al edificio alquilado por los Ralston en el barrio residencial de Nairobi, y un hombre alto, enjuto, de cabellos rubios y ojos muy azules, de tez curtida, pantalón corto, prendas de cazador, y un estuche destinado a su rifle desmontable de último modelo y gran calibre, bajó del coche, tras pagar al taxista nativo.

Consultó los números de las edificaciones, y se encaminó al 16, ocupado por el matrimonio norteamericano. Subió los escalones del porche, y pulsó el llamador de la entrada. Dentro de la casa, hubo un leve, musical tintineo.

Esperó el recién llegado, hasta que la puerta se abrió. Una sirvienta de color le franqueó el paso.

—Soy Brent Garfield —dijo él, escueto—. Los señores Ralston me esperan.

—Sí, señor Garfield. Un momento, por favor —la doncella negra le hizo pasar, y desapareció su figura, de respingonas nalgas y

macizos pechos oscuros, envueltos en tejido multicolor, camino del interior de la casa, dejando al cazador esperando en el gabinete amueblado con piezas de mimbre y de cañas, a la usanza africana.

Momentos después, era la señora Ralston, con su cabellera rubio oscura suelta, sus piernas bronceadas y firmes, exhibidas deportivamente gracias a sus *shorts* blancos, y la blusa cruda mal abotonada, acaso intencionadamente, sobre un pecho enhiesto y bien desarrollado, la que apareció en el vestíbulo, sonriente.

—¿Señor Garfield? —habló, avanzando hacia él—. Bien venido a Nairobi.

—Gracias, señora —se inclinó el cazador inglés, besando cortésmente la mano de la dama—. Es un placer verla de nuevo. ¿Y el señor Ralston?

—Ausente —sonrió ella, risueña—. Está ultimando preparativos en el almacén de Byongo...

Allá, al fondo de la casa, la sirvienta negra cerró una puerta con suavidad. Los dos se miraron un instante, en silencio. La señora Ralston podía pasar perfectamente por la hija del maduro y rico Jeffrey Ralston, el millonario de la Quinta Avenida neoyorquina. Por edad, casi podía serlo. Eran más de quince años la diferencia entre el matrimonio.

Brent Garfield no tendría más de cuarenta años. Su contextura atlética y deportiva, su vitalidad y arrogancia, le hacían aparentar cinco o seis años menos.

Ambos seguían mirándose en silencio.

Luego, repentinamente, ella se lanzó en sus brazos.

—Brent, cariño... —susurró, estremecida. El la rodeó con sus fuertes brazos.

—Helen, mi vida... —musitó él.

Y sus bocas se unieron apasionadamente.

* * *

El entomólogo terminó su examen de los últimos ejemplares alineados en las pequeñas urnas de vidrio o plástico de su laboratorio.

Respiró con fuerza, consultando su reloj.

—¡Cielos, qué tarde es! —masculló, incorporándose de su asiento, ante la mesa de trabajo, y retirando las lupas, el microscopio luminoso y cuantos elementos disponía para su análisis

y estudio de los insectos coleccionados. Dio la luz eléctrica, para ahuyentar las tinieblas del atardecer, ya profundas y azules. Fuera, zumbó la batería que alimentaba de energía eléctrica la instalación completa de su pequeño campamento africano.

Scott Loomish notó que tenía sed. E incluso apetito.

Salió del laboratorio, cerrando la puerta plástica y encaminándose al refrigerador, del que extrajo un bote de cerveza, que abrió, haciendo saltar la argolla, como si de una inofensiva granada de mano con espumoso contenido se tratase. Bebió sin vaso, sintiendo el placer de saborear el líquido frío y tonificante en su reseca garganta.

Miró fuera, dando al interruptor de las luces exteriores, de coloración amarilla para evitar la acumulación molesta de insectos nocturnos. La cortina de tenue gasa que separaba aquel compartimiento de su amplia y sólida tienda de lona impermeable, del exterior infestado de mosquitos, era como una defensa contra picaduras irritantes. Pese a ello, se embadurnó nuevamente con la loción grasienta que, dando brillo oscuro a su piel, bronceada por el sol africano, le protegía del ataque molesto de los insectos.

La jungla, alrededor, era como un inquietante cerco verde para cualquier persona no familiarizada con ella. Para él, la selva era una amiga leal, casi una compañera habitual. Ella le suministraba los ejemplares para el estudio entomológico de las diversas zonas. No todos los insectos, como creía la gente, eran enemigos del hombre. Muchos de ellos se ocupaban en destruir a otros nocivos, que hubieran creado graves problemas a la vegetación e incluso a la agricultura.

Scott Loomish no temía a la jungla. Ni a sus criaturas. El no era de los que llevaban consigo un rifle y un revólver para atacar a los animales y proveerse de sus pieles o colmillos. Estudiaba a los insectos y amaba la naturaleza en sí. Sólo como medio de defensa propia, llegaría a hacer fuego sobre un animal selvático. Eso, hasta el presente, en varios años de vida africana, sólo se había presentado en contadísimas y raras ocasiones.

Apuró la cerveza. La sed estaba combatida, pero no así el hambre. Eligió una lata, y la abrió, empezando a cocinarla en el fuego de gas. Un aroma apetitoso se extendió por el recinto. Fuera, ya habíase hecho totalmente oscuro. Las luces amarillas, destacaban

en la noche, dando reflejos de un verde profundo y brillante a la hojarasca de los límites selváticos.

Scott Loomish dispuso una rústica mesa, a base de la mesita plegable, de metal y plástico, una servilleta de papel, un plato de vidrio y un cubierto. Otra cerveza, en su propia lata, completó el festín frugal. Sacó del frigorífico unas rodajas de pan inglés de una bolsa.

Empezó a cenar con inmejorable apetito, tras poner en funcionamiento su emisor— receptor de radio, sintonizado a una emisora kenyata que transmitía música europeaailable, con aceptable nitidez de sonido, pese a las interferencias ambientales, entre la jungla y la capital, Nairobi, donde se hallaba la estación emisora.

Justo entonces sonó el agudo, angustioso grito de mujer, procedente de la oscura frontera verde de la selva.

* * *

Karin Mulder supo lo que era el terror cuando el reptil apareció entre la espesura.

Era una forma sinuosa, larga, negra y lustrosa, que se deslizaba velozmente hacia ella. No demasiado gruesa, pero sí delgada y alargada. Ello la hacía, quizá, más peligrosa aún. Karin sabía que los reptiles pequeños eran, habitualmente, venenosos. Los dos metros de longitud de aquel ofidio, cuyo peso no excedería los diez kilos, sin embargo, más su apariencia inicialmente tranquila, calmosa, su piel que la había hecho casi invisible en la selva, confundiéndose con el suelo mismo, hasta que su padre la pisara, daban claramente a entender a la joven la clase de terrorífico enemigo que había atacado a su padre y ahora se precipitaba sobre ella, al sentirse fustigado por la que defendía la vida paterna desesperadamente.

Era una *Bitis gabónica*, en suma. La víbora del Gabón, extendida muchas veces hasta las selvas occidentales de Africa. Un ofidio terrible. Mortal para el hombre, en un noventa por ciento de los casos.

¡Y había mordido ya a su padre con sus terribles incisivos huecos, como senda destiladora del veneno letal!

Karin hubiera querido ser capaz de hacer algo, pero lo único que atinó a formular fue una orden desgarrada, dirigida a su padre, que

se aferraba la pierna, en la que la mordedura del reptil era visible, perforando el tejido de su liviano pantalón, y dejando deslizar por los dos orificios la sangre del herido, en dos delgados regueros:

—¡Papá, la pierna! ¡Evita, que circule el veneno!

Y aunque ella hubiera querido ser quien realizara el torniquete sobre la pierna donde la víbora del Gabón inoculara su tóxico, le fue totalmente imposible llevarlo a cabo. Ante ella, interponiéndose en el camino hacia su padre, el ofidio silbaba, amenazador, con su pequeña cabeza ominosamente erguida, encarándose a ella e impidiéndole toda posible acción.

Lo peor es que no podía moverse ni intentar nada. El reptil saltaría sobre ella en cuanto tratara de desplazarse en cualquier dirección. Estaba al acecho, con malévola fijeza, segura la serpiente de su incuestionable superioridad.

—No..., no te muevas —jadeó el padre de Karin roncamente—. Yo mismo... me vendaré fuertemente la pierna... para evitar lo peor. Pero tú..., no hagas nada. No hables, no grites, no le des motivo para atacarte, hija...

El profesor Mulder, ciertamente, estaba ya haciendo el fuerte nudo de la tela de su pañuelo sobre la pierna, justo debajo de la rodilla, y donde podía impedir, en la medida de lo posible, y con la mayor urgencia, la extensión de la sangre envenenada por todas sus venas y arterias, hasta alcanzar fatalmente el corazón.

Rasgado su pantalón por él mismo, Karin dilató angustiada sus ojos, al ver la amoratada hinchazón de la pierna de su padre, en esos momentos, casi negruzca en tomo a la huella de los incisivos del reptil. Por encima, el pañuelo del cuello de su padre, podía ser o no un remedio para evitar la progresión mortífera de la incisión. Era una incógnita, y harto angustiada.

Lo cierto, lo indiscutible, era que la siguiente víctima del reptil, a no evitarlo un auténtico milagro, era ella, Karin Mulder.

La rubia, esplendorosa y atlética muchacha germana, con sus ojos claros, muy abiertos y fijos en la serpiente venenosa, sabía que no podía hacer nada por impedir lo irremediable. No llevaba arma alguna sobre sí. Su padre tenía un rifle que yacía ahora a distancia de él. A demasiada distancia para significar nada positivo.

Y ella, inerte ante el reptil, nada podía intentar, ni siquiera moverse o elevar la voz. Cualquier señal de alarma movería

implacablemente al ofidio. Y su salto hacia ella, a aquella distancia, sería mortal. Los incisivos harían presa en la carne prieta, bronceada y firme de la joven, quizá en sus piernas elásticas, de macizos muslos, o acaso en el escote de su blusa mal abotonada por el húmedo calor selvático, sobre los senos enhiestos y po— derosos.

Todo su envidiable físico de mujer deportista, ágil, hermosa y dotada de facultades físicas poco comunes, era inútil ahora, ante el simple peligro de la criatura deslizante, sinuosa, de oscuras escamas brillantes, de cuerpo redondo y viscoso, agitándose malévolamente sobre la vegetación, a la espera del ataque inminente sobre su dominada presa.

—Si pudiera alcanzar el rifle cuando menos... —jadeó el profesor Mulder.

Pero apenas se movió, arrastrándose sobre los hierbajos, el reptil se puso rígido, como si algo le excitara, y su sibilante sonido de cara a la muchacha, se hizo más amenazador.

—No, no —casi sollozó el padre de la joven—. Si hago otro movimiento, caerá sobre mi hija sin remedio... Oh, Dios mío, ¿qué puedo hacer?

Lo peor era eso: que no podía hacer nada. Sólo esperar. Esperar lo peor, lo irremediable...

De repente, restalló una sorda detonación en la jungla.

Hubo un estallido en la cabeza del reptil, cuyos ojos y boca saltaron en pedazos, alcanzados por una bala de potente calibre. La cabeza cayó, junto con la parte superior del largo cuerpo sinuoso. Coleó furiosamente el reptil, ya en tierra, hasta estirarse y quedar inmóvil.

Atónito, el profesor Mulder clavó sus ojos en el ofidio recién muerto. Luego, miró a su hija..., y al salvador inesperado, al hombre que acababa de salvar la vida de la muchacha.

Karin respiró hondo y luego estalló en un sollozo ahogado, para dar salida a su histerismo contenido.

—Bueno... —murmuró Scott Loomish con voz ronca, bajando el rifle humeante, provisto de mira telescópica—. Por fortuna, hice un buen blanco...

Luego, se encaminó en ayuda urgente del hombre herido por el reptil venenoso, lo mismo que la propia joven amenazada de muerte poco antes. Ambos, al inclinarse sobre el profesor Mulder, se

rozaron los cuerpos. Alzaron el rostro, mirándose muy cerca el uno del otro.

—No sé cómo agradecerle... —musitó ella.

—Olvédelo —cortó él—. Hubo suerte, eso es todo. Ahora, lo que cuenta es él... Conviene extraerle el veneno antes de que sea demasiado tarde.

Y Loomish, decidido, se precipitó sobre la pierna herida. Sin vacilar, hizo una rápida incisión con un cuchillo en la herida, sin preocuparle la queja y el rictus de dolor del desconocido caballero de pelo canoso y expresión angustiada, y luego aplicó allí los labios sobre la sangre negruzca succionando sin el menor escrúpulo, para escupir luego el veneno.

Karin, demudada, sorprendida por la rapidez y entereza de su joven y desconocido salvador, asistía en silencio al dramático intento de salvamento de la vida de su padre.

* * *

Tres retazos de historias aisladas y diferentes.

Tres diferentes formas de destinos humanos, iban a unirse paulatinamente en una misma zona selvática de Kenya.

Un safari de millonarios americanos... Un entomólogo joven y solitario... Un profesor alemán y su bella hija.

Tres rutas hacia una encrucijada realmente trágica y horrible, que nadie podía imaginar y menos que nadie sus propios protagonistas, los destinados a vivir el drama que, insospechado, esperaba en el corazón mismo de la jungla africana.

Pero eso no era todo.

Un cuarto sendero del destino, acaso el más decisivo de todos, estaba ya en marcha hacia el cruce de caminos.

Un destino que no era, esta vez, protagonizado por ser humano alguno, sino por... un ingenio mecánico. Por un simple trozo de metal creado por el hombre.

* * *

El primer indicio de fracaso lo captó el poderoso equipo de computadoras.

Una de las pantallas se tiñó de rojo fluorescente, con la indicación más temida que podía leerse en ella:

¡ALERTA!

El comandante Barrett se precipitó urgentemente sobre su cuadro de controles. Su voz se elevó bruscamente, con tono agudo:

—¡Cuidado! ¡Algo ocurre con el Argonauta-3!

Inmediatamente, todo el personal de la base de observación espacial se puso en guardia. Las miradas se clavaron en sus respectivas pantallas. Todas ellas en rojo. Todas ellas con la señal de alarma.

Así empezó el fallo de todo un proyecto cuidadosamente elaborado y proyectado. E inicialmente afortunado en su realización. El éxito había acompañado el inicio de la misión del Argonauta-3.

Y, de repente, llegó el fracaso.

Aún no se podían conocer las causas. Quizá en breves minutos, las computadoras, programadas al efecto, darían una respuesta técnica a la cuestión. Pero eso importaba poco, a juicio del comandante Barrett. Para él, lo importante estaba ya dicho allí, en las pantallas que cambiaron el verde de la normalidad por el rojo de la emergencia.

El proyecto había fracasado. Este era su final. Las causas eran algo a estudiar por los servicios técnicos de la NASA. El era solamente un experto en seguimiento espacial. Y, como tal, sabía lo que iba a suceder ahora. Si fallaba el lanzamiento, la cápsula espacial debía ser destruida. Inmediatamente.

Pero antes tendrían que averiguar algunas cosas de tipo técnico. Y esperar órdenes superiores para la destrucción de dicho cuerpo metálico lanzado al espacio con una misión muy especial. Y que ahora, desgraciadamente, daba inesperado término a la misma, regresando a la atmósfera terrestre, en un descenso imprevisible.

Era un accidente. Un fallo. Las computadoras señalaban el inexorable regreso del Argonauta-3, con rápida sucesión de cifras. El comandante Barrett informó escuetamente a la central de observación espacial, situada en Estados Unidos. La respuesta no se hizo esperar: —Sabemos lo que está sucediendo. Las causas del fallo se investigarán inmediatamente. Ahora lo que urge es avisar a la zona donde caiga la cápsula, para que nadie, absolutamente nadie, se acerque a ella, hasta que lo hagan los expertos de la NASA.

—¿Existe algún peligro, señor?

—Existe siempre el peligro de la radiación exterior, que puede

haberse transmitido al cuerpo metálico de la cápsula, o bien los posibles gérmenes extraterrestres que en su viaje espacial se llegarían a adherir a su superficie. Es precisa una minuciosa labor de esterilización total, antes de correr el riesgo de que nadie se aproxime a esa cápsula sin las debidas garantías de inmunidad.

—Bien, señor. Informaré de ello a todas las estaciones de seguimiento espacial para que adviertan a los lugares donde posiblemente pudiera precipitarse el Argonauta-3 y se adopten las adecuadas medidas de seguridad.

—Sí, hágalo sin pérdida de tiempo. Ahora, comandante Barrett, le ruego me informe:

¿cuáles son los datos exactos de trayectoria descendente de la cápsula en estos momentos?

El comandante miró hacia el panel de vidrio luminoso, donde electrónicamente era señalada, sobre un campo celeste y otro terrestre, cuadriculado y graduado, la trayectoria del cuerpo en descenso.

Informó Barrett escuetamente:

—Descenso en elipse. Cuadrantes once, nueve, dos. Grados seis, cinco, cero, uno, cuatro, cero, nueve. Angulo de desviación siete, cero, cinco, cinco, cero, tres.

—Correcto —confirmó la lejana voz del centro de control—. Coincide en todos sus puntos. Según eso, si los cálculos no fallan, manteniéndose el mismo ángulo de desviación sobre los cuadrantes once, nueve, dos, tendríamos que la zona donde caerá la cápsula será...

—Africa —señaló Barret, escueto.

—Exacto. Africa, comandante. Y de Africa... una zona comprendida entre los treinta y cuarenta grados de longitud Este, y cero a cinco grados de latitud Sur.

Los ojos de Barrett estudiaron el gran mapa del continente africano, seleccionado por su propio dedo, al pulsar el botón de cartas geográficas luminosas, y que ahora cubría un panel completo del muro. Un parpadeo fluorescente, rojo intenso, marcó la zona señalada por los expertos norteamericanos, con exactitud precisa.

—Eso es —convino secamente Barrett—. Por tanto, la zona de peligro es exactamente... Kenya, Uganda y el norte de Tanganika.

—Correcto, comandante —le aprobaron a distancia—. Avise a

los Gobiernos de Nairobi, Kampala y Dar-es-Salaam. Que adopten las medidas pertinentes. Una expedición científico-técnica de la NASA saldrá inmediatamente en esa dirección. Si se hiciera preciso, soliciten ayuda urgente de las Naciones Unidas, para colaborar con esos países en las medidas estrictas de seguridad.

Barrett asintió, disponiéndose a poner en marcha el complejo mecanismo internacional que asegurase las medidas de rigor en las regiones de Kenya, Uganda y Tanganika, donde inevitablemente tomaría tierra la cápsula espacial perdida, en su incontrolado regreso al suelo terrestre.

Era un simple incidente técnico en el seno de la NASA.

Pero fue el extraño camino que tomó el destino para intervenir decisivamente en la vida y en la muerte de un puñado de seres humanos que, por diferentes caminos, llegaba a la encrucijada de sus propios destinos.

Allí donde algo espantoso les aguardaba. Donde una alucinante pesadilla iba a convertirse en realidad, sumiendo en el horror y el pánico a unas personas que poco antes no se conocían entre sí.

Y que, unidos por el factor común de la angustia y el miedo, de la muerte y del caos más delirante que pudiera imaginar una mente humana, iban a enfrentarse, despavoridos, a lo desconocido, a lo increíble...

CAPÍTULO II

CAZADORES Y CIENTIFICOS

—¿QUÉ fue eso?

—¿El qué, querida? —se volvió Jeffrey Ralston, sorprendido, tras encender su pipa, y contempló a su joven esposa, que clavaba los ojos en el cielo estrellado de la noche africana.

—Una gran estrella... Cruzó por delante de mis ojos, como si fuese a caer sobre la Tierra. —Helen Ralston describió con su mano un movimiento curvo en el aire. Señaló la frondosidad selvática que quedaba a sus espaldas, para concluir—: Se hundió tras la espesura.

—Simple impresión visual —sonrió su marido, volviendo a su postura estática ante el fuego que ardía en medio del campamento—. Son estrellas fugaces. Parece que caen, pero se diluyen en la distancia simplemente.

—Creí que no había estrellas fugaces en esta época del año —objetó Helen.

—Esto es Africa, querida, no una calle de Nueva York —le recordó él apaciblemente, exhalando el humo de su pipa parsimoniosamente—. Aquí la visual del firmamento es amplia y sin obstáculos. Durante todo el año puede verse el cielo, con sus diversos fenómenos.

—Aun así, me pareció una estrella demasiado grande, de un color azulado...

—Es la distancia y no el volumen lo que cuentan. Quizá era sólo un pequeño meteoro. Nada especial, desde luego. ¿No duermes, querida? Mañana tendremos que madrugar mucho, para continuar camino hacia el lago Victoria.

—Sí, ahora iré a la tienda —afirmó ella. Le miró, pensativa—. ¿Tú no vienes aún?

—No. Tomaré un café y estudiaré un poco el trazado del safari sobre el mapa. Debo hacer algunas anotaciones. Dentro de una hora o poco más, me reuniré contigo. Garfield hará la primera guardia y yo la segunda. M'bongo se ocupará de la tercera.

Helen asintió, dirigiendo una ojeada de soslayo al nativo M'bongo, que dormitaba en un *jeep*. Los cuatro porteadores kenyatas a quienes capitaneaba el fuerte y musculoso M'bongo, guía oficial de safaris y expediciones, autorizado para ejercer su oficio por licencia gubernativa de Nairobi, dormían ya en sus mantas, sobre el suelo sin vegetación. Bultos, vehículos y tiendas formaban una especie de cerco en torno al claro elegido para acampar durante la noche. Algunas luces de gas acopladas a bombonas portátiles, alternaban con dos faroles de petróleo y una lámpara provista de batería eléctrica. Mosquiteros de sutil trama envolvían las tiendas, protegiéndolas de los insectos nocturnos.

—Está bien, querido —dijo a Jeffrey—. Te esperaré acostada.

—Es lo mejor —aprobó el millonario—. Duerme, si notas sueño. No tienes por qué esperarme despierta, Helen.

Ella se encaminó a su tienda. Entró en ella, respirando hondo. Se secó el leve sudor que humedecía su frente. Notó que tenía las axilas húmedas también. La noche cálida de la jungla africana, daba un extraño ardor a la piel.

Helen sabía que no todo se debía a eso. Su vitalidad, su juventud, parecían más exultantes que nunca en la mágica noche selvática. Era como si algo primitivo y embriagador la invadiese, aturdiendo sus sentidos, haciendo temblar su cuerpo con obscenas sugerencias.

Se desabotonó la blusa. La echó atrás. El corpiño era insuficiente para su torso majestuoso y altivo. La piel, bronceada por el sol africano, vibraba, ligeramente brillante, como embadurnada en aceite y yodo. Helen respiró hondo, cerrando los ojos y entreabriendo sus labios.

Helen Ralston era la diosa misma de la lascivia, recreándose a solas en un éxtasis lleno de anhelos insatisfechos. La blusa cayó sobre su camastro de campaña. Al mismo tiempo, apagó la luz de la lámpara de gas, disponiéndose a despojarse de sus *shorts*, para acostarse definitivamente.

No llegó a hacerlo. La tela de la parte posterior de la tienda se

alzó sigilosamente, una figura masculina penetró en el recinto entoldado. Unos brazos fuertes y velludos rodearon a Helen.

Ella estuvo a punto de volverse, con un respingo y un grito de alarma. La boca viril tapó la suya. Los brazos la estrujaron con fuerza.

—Oh, Brent —musitó—. Amor mío...

El cazador y la millonaria se fundieron en una sola sombra viviente, allá en la oscuridad de la tienda...

Los labios se despegaron en la misma penumbra. Afuera, el silencio selvático era roto de tarde en tarde por gritos lejanos de aves exóticas. Las llamas de la fogata se iban extinguiendo, entre pavesas. Ralston continuaba sentado delante del fuego, con sus libros, mapas y blocs de apuntes abiertos ante sí.

Los negros dormían. El campamento todo parecía en descanso. Pero no todos dormían ni descansaban. Un hombre y una mujer se miraban en la penumbra, adivinándose más que viéndose. Los minutos pasaban rápidos.

—Debo irme ya —susurró él.

—Sí, lo antes posible —asintió ella—. Esto es peligroso, Brent. Jeff vendrá de un momento a otro.

—Ese viejo cargado de millones... ¿Cómo pudiste casarte con él? —se exasperó el cazador.

—Tú acabas de decirlo —rió ella entre dientes—. Cargado de millones, Brent.

—¿Sólo por su dinero?

—A veces es mucho, sobre todo para una mujer hermosa y deseable..., pero sin un solo dólar en el bolsillo. Ahora soy la señora Ralston. Tengo cuanto deseo.

—Sí. Incluso un costoso safari por Africa —replicó él, sarcástico—. Y te falta todo lo demás: felicidad, amor, placeres... Vives esclava del viejo podrido de millones.

—Algún día seré su viuda —rió ella, entre dientes—. Es más viejo que yo, su corazón no marcha demasiado bien. Hay esperanzas, ¿no?

—¡Esperanzas! ¿De enviudar a los cincuenta años, cuando seas ya una mujer madura y amargada? ¿Y qué habrás hecho de tu vida, de tu juventud?

—A veces encuentro un hombre que vale la pena... Como Brent

Garfield. Eso compensa, querido.

—No digas tonterías. Esto son sólo lances pasajeros. ¿Has pensado... has pensado alguna vez en lo que sería convertir un lance así... en algo duradero?

—No, no lo he pensado —cortó ella, secamente—. No quiero hacerme falsas ilusiones. Luego hay que despertar. Y debo seguir viéndome día a día junto a Jeff, ésa es la realidad.

—La realidad que tú quieres.

—No hay otra. No puedo abandonarle. Sería ridículo. Casarse por su dinero... y luego renunciar a todo lo que tanto sacrificio me ha costado.

—No siempre es preciso hacer mal las cosas. Podrías ser libre... y rica.

—Ni lo pienses. El nunca me concedería el divorcio. Sé cómo piensa.

—No hablaba de divorcio.

—¿De qué, entonces?

—Tú lo dijiste antes: sería agradable ser viuda, millonaria... y joven, además.

—No creo que su vida sea tan corta, ni mucho menos. Se cuida. Es fuerte, pese a su edad y su corazón, Brent. No hay esperanzas por ahora.

—Siempre se puede enviudar a tiempo, si se desea realmente... y hay alguien dispuesto a facilitar las cosas, Helen.

—¿Qué quieres decir? —se agitó el cuerpo de ella en la sombra.

—Esto es un safari, querida. Hay armas de fuego, cacería... Un accidente es normal en estos casos. Se investiga poco, sobre todo si el que falla el tiro es el cazador profesional, por culpa de una imprudencia del cliente... y nadie sabe que exista relación alguna entre el cazador y la viuda del difunto.

—¿Quieres decir...? —la voz de ella tembló.

—Sabes bien lo que quiero decir. Un disparo perdido, acaso un animal salvaje al que no logro herir a tiempo y que cae sobre tu marido... Pueden suceder tantas cosas en un safari... Y nadie se molesta en averiguar demasiado. Tú volverías a Nueva York llena de dolor, de luto... y de millones de dólares.

—Oh, Brent, estás sugiriendo algo horrible.

—Horrible... y muy cómodo para ambos —rió él, entre dientes

—. Tú serías libre, rica... y nada se interpondría entre nosotros dos. La parte más difícil estaría a mi cargo. Tú no ibas a arriesgar nada.

—¿Serías capaz de...?

—¿Disparar sobre ese viejo millonario? ¿Dejar que un león o un leopardo le despedacen? Claro que sí. Por ti sería capaz de mucho más, Helen.

—Oh, vete, vete ya —se agitó ella, mirando al exterior por la rendija de la lona—. El se está levantando ya. Va a venir, Brent, querido. Debes marcharte.

—Ya me voy. —El se dispuso a salir sigiloso por la parte posterior de la tienda—. ¿Qué respondes a mi proposición, Helen?

—Dios mío, no me preguntes... Es mejor que no digas nada. Ya hablaremos otro día...

Vete, amor.

El cazador se alejó entre las sombras, rodeando la tienda. Por el lado opuesto, crujía el suelo bajo el calzado de Jeffrey Ralston, en su camino hacia su alojamiento. Helen, en el lecho, se cubrió y cerró los ojos, fingiendo dormir profundamente.

* * *

—¿Cómo podremos agradecerle...?

—Olvédelo, profesor —sonrió Scott Loomish, contemplando con expresión satisfactoria la apariencia de la doble incisión en la pierna del científico—. No hay nada que agradecer. Hubo la buena fortuna de que yo estuviera cerca cuando su hija gritó. Eso es todo lo que hemos de agradecer usted, ella y yo. El azar se portó bien con nosotros en medio de la adversidad.

—Fui un necio al no advertir la presencia de ese reptil. Caminaba tan confiado...

—Es una especie muy hábil en pasar desapercibida hasta que es demasiado tarde —le recordó Loomish, apaciblemente—. Igual pudo sucedernos a cualquiera, profesor.

—Posiblemente tenga razón —suspiró el alemán—. Uno nunca debe confiarse en estos lugares. La muerte acecha en mil formas diferentes, desde un insignificante mosquito, hasta un feroz animal salvaje. Hemos de protegernos de todo riesgo. Karin, hija mía, no hubiera querido dejarte sola en esta selva... Y eso, en el supuesto de que hubieras sido afortunada, y el reptil no te hubiera atacado también a ti.

—Iba a hacerlo cuando este joven intervino —habló la rubita y arrogante muchacha, mirando con simpatía a Scott—. Mi padre le ha dicho antes que no sabe cómo manifestarle su gratitud, pero es que yo pienso lo mismo y sé que nunca podré compensarle del gran bien que, con su decisión y valor, nos ha proporcionado.

—Ya le dije que todo es puro azar —sonrió Loomish—. No soy ningún héroe, puede creerlo. Las hazañas se realizan por culpa de las circunstancias, eso es todo. ¿Se imagina a un héroe novelesco, que se dedica a coleccionar y estudiar insectos, señorita...?

—Mulder. Karin Mulder. Mi padre es el profesor Herman Mulder, del Instituto de Investigaciones Biológicas de Berlín. Yo he estudiado biología y me dedico a ayudarle en su tarea.

—Fascinante trabajo el suyo, señorita Mulder. Yo soy Scott Loomish, inglés. Me dedico a la entomología, como ya les dije. En cierto modo, nuestras profesiones son gemelas. Su padre y yo estudiamos lo que trata de la vida, sea animal, vegetal... o humana.

—Bien cierto —suspiró el profesor—. Mi especialización, dentro de las ciencias biológicas, se inclina por la bioquímica y la genética.

—Un campo biológico hartamente complejo, profesor...

—Muy complejo —asintió gravemente el alemán—. Especialmente hoy en día, en que incluso se habla ya de criaturas de laboratorio, y cosas así. Mi estudio se basa en las mutaciones de ciertos animales, según su medio ambiente. Y los resultados de este trabajo pueden ser aplicados posteriormente a casos concretos del ser humano, como por ejemplo las mutaciones que podrían resultar de un mundo dominado por la contaminación atmosférica. El medio ambiente, señor Loomish, ha llegado a constituir grave motivo de preocupación mundial, puesto que siempre se ha querido atribuir de un modo gratuito la posibilidad de una mutación espantosa a los efectos de las radiaciones atómicas, pongamos por caso, sin pararnos a pensar que la propia contaminación del aire respirable, de los mares y sus efectos sobre peces, animales terrestres y sobre el hombre, pueden llegar a ser realmente aterradores.

—Conozco el problema, profesor. Pero la contaminación, en estos lugares, es prácticamente nula, inexistente todavía, por fortuna para los africanos.

—Exacto. Por eso investigo aquí una parte de mi tarea... y la

comparo con el estudio hecho en las grandes urbes y en los países supercivilizados. Los resultados, imagino, van a ser realmente pesimistas y demoledores. Pero deben conseguirse. Y propagarse lo más posible, para que el género humano, los gobernantes, las autoridades todas, se den perfecta cuenta de lo que puede suceder si no se actúa a tiempo.

Asintió Loomish, pensativo. Estaban reunidos en el campamento del joven entomólogo británico. Alrededor de ellos, los recipientes guardaban desde un insignificante mosquito hasta auténticos ejemplares asombrosos de la entomología africana. El joven zoólogo había invitado a ambos a su campamento, para que el profesor Mulder fuese recuperándose de su venenosa herida, por fortuna fuera ya de todo peligro, gracias a la rapidez y decisión del inglés. La hinchazón y amoratamiento, sin embargo, persistían. Pero era algo que iría en descenso paulatino, hasta desaparecer.

—¿Conocen a fondo estas regiones, profesor? —preguntó Loomish, tras una pausa.

—No mucho —fue Karin, su hija, quien se anticipó. Cruzó sus piernas de mujer deportista y bien formada realzando la línea elástica y firme de sus largos muslos bronceados, al añadir con una sonrisa—: En realidad, papá quería primero investigar ciertas cuestiones biológicas en Tanganika y Zanzíbar, pero recordó al doctor Steiner y decidió que, puesto que nuestro trabajo nos ha traído hasta aquí, valdría la pena llegar hasta él y visitarle.

—¿El doctor Steiner, ha dicho? —Loomish arrugó el ceño, pensativo. Luego, asintió—:

Oh, sí, recuerdo algo. Ese nombre me suena. ¿No es un científico afincado definitivamente en Kenya?

—En Uganda, para ser exactos. Más allá del lago Victoria —afirmó el profesor Mulder—

. Hans Steiner es una eminencia en bioquímica y biofísica. Actualmente, reside en un poblado nativo, al sur de Kampala, en la ruta de Ruanda-Urundi. Exactamente, en un poblado watusi.

—Los watusi... Conozco a algunos de ellos —asintió Loomish—. Gigantescos, bailarines consumados y habitualmente gente hospitalaria y noble. ¿Por qué un científico de tal talla se ha llegado a adaptar a semejante forma de vida?

—Bueno, el doctor Steiner tuvo dificultades con los Gobiernos

de Suiza, Alemania y Francia, e incluso creo que también con el de Bélgica, a causa de ciertos... experimentos no autorizados. Problemas de moral, de religión y de otro tipo, impidieron que se le permitiera seguir trabajando en ciertas cuestiones de bioquímica, y resolvió irse lejos de Europa y de los propios hombres de su raza, buscando un lugar lejano donde trabajar sin obstáculos. Parece que lo encontró en Uganda, entre esos watusi.

—¿Y sigue sus experimentos «prohibidos»? —se interesó Loomish.

—Creo que sí. Steiner es hombre obstinado, difícil de disuadir cuando tiene una idea fija en su mente. Quizá salga un gran bien para la humanidad. O un desastre, no sé. Por eso me interesaría conocer la marcha de sus trabajos.

—¿Son amigos?

—Steiner no tiene amigos —rió entre dientes Herman Mulder, sacudiendo su canosa cabeza—. Pero puede decirse que somos viejos conocidos, y me debe algún favor. Espero que eso baste para que me reciba aceptablemente.

—Sí, voy recordando algo sobre Hans Steiner —afirmó pensativo Loomish—. Creo que llegó a crear algo... Una especie de criatura monstruosa, cruce de dos seres diferentes, o cosa parecida. ¿Me equivoco?

—No, no se equivoca —se estremeció el padre de Karin, entornando los ojos—. Oí hablar de eso. No hizo un cruce, realmente, sino una mutación. No llegué a saber qué era exactamente. Unos dicen que la logró a base de dos animales distintos. Otros llegaron a aventurar que obtuvo una mezcla atroz, mitad hombre, mitad animal... Pero nunca se comprobó tal cosa, aunque esos rumores y ciertas evidencias hicieron que el Gobierno alemán lo expulsara de su país sin más explicaciones.

—Esperemos que haya dejado semejante clase de experimentos, profesor.

—Esperémoslo —asintió el alemán, no muy convencido. Luego cambió el tema de la conversación volublemente—: Mi querido amigo Loomish, ¿hacia qué punto se dirige usted exactamente en estos momentos?

—Hacia el sur de Kampala también, aunque no en la región donde habitan los watusi, sino algo más al norte. Es posible que

luego siga viaje hacia Etiopía.

—En ese caso, podríamos hacer juntos el viaje, si no le importa —comentó el profesor—. Puesto que todos somos científicos y de tareas afines, sería un modo de unirnos, de hacemos mutua compañía, de cara a los posibles peligros de la selva y de la sabana.

—No es mala idea —asintió Loomish, complacido, sin poder evitar una ojeada de soslayo hacia Karin—. Empezaba a sentirme cansado de estar solo.

—Mañana llegaremos al lago Victoria —comentó la joven—. Lo cruzaremos en una embarcación a vapor de las que hacen su travesía, y estaremos en Uganda. Lo peor habrá quedado atrás.

—Entonces, montemos sus tiendas de campaña, y preparemos todo para el descanso.

—Loomish se puso activamente en pie—. Les ayudaré a traer todos sus bultos aquí, señorita Mulder. Usted, profesor, no se mueva. Necesita reposo, con su pierna herida.

Los dos jóvenes se alejaron, para iniciar la reunión de sus pertenencias en una sola caravana. La hija del profesor, por el camino, le dirigió una sonrisa y un ruego:

—No me llame «señorita Mulder» —le pidió—. Para los amigos soy solamente Karin. Y

desde el momento que nos salvó la vida, para nosotros es usted el mejor de los amigos.

—Gracias, Karin. Recuerde que mi nombre de amigo es también Scott, simplemente. — La miró, deteniéndose—. Y espero que, ciertamente, ésta sea una buena y sincera amistad.

—Yo también —afirmó ella, contemplándola fijamente con sus ojos, de un gris claro y sorprendente. Irguió su figura, atlética pero armoniosa y llena de femineidad, como la de una deslumbrante amazona rubia—. Yo también, Scott, amigo mío...

Y siguieron adelante, a través de la selva que rodeaba el campamento de Loomish, para recoger cuanto llevaban consigo los Mulder, padre e hija, en aquella expedición suya, de carácter científico, al corazón del Africa Oriental.

* * *

El coronel Obodo, de la policía militar de Kampala, estado de Uganda, parpadeó sorprendido al pasar sus redondos ojos sobre el texto recién recibido telegráficamente en la capital ugandesa.

—Diablo, esto es serio... —masculló entre sus abultados labios de hombre de color—

. Esto es serio... Esa gente terminará un día hasta con la paz del desierto y de la selva...

Se puso en pie rápidamente, encaminándose a la emisora de radio de la policía. En una mano llevaba su corto látigo de cuero trenzado, y en la otra el despacho telegráfico fechado recientemente en Nairobi.

Entró en la sala de comunicaciones radiotelefónicas de la policía y del ejército ugandés. Les tendió el despacho telegráfico.

—Transmitan esto con urgencia. Notifíqueno también a las emisoras comerciales. Que difundan la noticia.

También a los radioaficionados, por si acaso. Es posible que no sea precisa tanta alarma, pero nunca se sabe, tratándose de algo que ha vuelto desde el espacio, sin ser esterilizado debidamente.

El oficial de Comunicaciones leyó el mensaje kenyata, asintiendo, con gesto de viva perplejidad.

—¿No indican el sitio exacto en que la cápsula norteamericana ha caído? —indagó.

—No. No hay seguridad absoluta, según dice ahí. Pero algo hay de cierto: ha caído en nuestro país. Justamente al sur de esta ciudad... Quizá cerca de la frontera de Ruanda Urundi, en las regiones de los watusi... Enviaremos hacia allá un destacamento militar, con útiles para aislar el objeto, si lo hallan. Y también con equipos sanitarios y de desinfección, por si fueran precisos. Emita ese texto con prioridad de «máxima urgencia» y «alerta nacional».

—Sí, señor.

La radio militar ugandesa comenzó a transmitir.

Poco después, lo hacían también las emisoras locales de tipo comercial, así como algunos radioaficionados a quienes se les comunicó la noticia.

Pero las autoridades de Kampala sabían que el mayor problema estaría en la propia región, al sur de Kampala, donde los watusi eran casi sus únicos habitantes, salvo algún que otro grupo nómada de pastores masais, procedentes de Kenya o de Tanganika.

Si algún destacamento militar, alguna patrulla o alguien provisto de un equipo receptor de radio, o simplemente, de un aparato vulgar acoplado a su coche o entre sus útiles personales, escuchaba

la noticia, quizá pudiera hacerse algo rápido y efectivo, antes de que algún nativo tocara, ignorante del riesgo que corría, la superficie metálica de la cápsula caída en el suelo.

O que alguna tribu del interior la trasladase de sitio, como algo sobrenatural, caído del cielo, bien fuese en sentido de idolatría a lo desconocido o de terror hacia el cuerpo extraño.

En todos los casos, el peligro era evidente. Si como temía la NASA, allá en Estados Unidos, la cápsula podía llevar consigo alguna radiación nociva para el ser humano, e incluso cabía la posibilidad de que esporas o gérmenes extraterrestres pudiesen haberse adherido a la plancha metálica, en su periplo más allá de la Luna y de los meteoritos, el contagio con algo desconocido, ajeno a la Tierra, podía ser inmediato, y convertir a quien tocara el objeto en un agente portador, una especie de apestado que, a su vez, contaminara a los demás con su simple proximidad.

Terminada la transmisión del telegrama enviado desde Nairobi, vía Washington-

Londres-Atenas-El Cairo, el funcionario de la policía militar, coronel Obodo, requirió el micrófono para hacer una llamada a los helicópteros de la mancomunidad británica. Su colaboración sobrevolando las tierras situadas al sudoeste del lago Victoria, podía ser decisiva en el caso. O cuando menos, el funcionario esperaba que lo fuese, y en sentido favorable para todos.

Pidió informes sobre la posible presencia de safaris; expediciones científicas o geográficas, y demás circunstancias habituales en la región, y esperó a recibir los datos oportunos, para poner en estado de alerta a cualquier extranjero que recorriese en esos momentos su país por una u otra razón.

El aparato de seguridad pública estaba en marcha. Si era preciso, se requeriría la ayuda oficial de las Naciones Unidas, y la presencia de técnicos astronáuticos norteamericanos en suelo ugandés. Todo antes que la incertidumbre sobre las posibles consecuencias de tan desagradable «regalo caído del cielo», como lo calificara uno de sus subordinados, tras el envío de mensajes por radio, desde el edificio de la policía militar de Kampala.

Ahora era preciso que el factor suerte colaborase, y que ninguna jugarreta del azar se pusiera por medio para complicar las cosas.

Cuando menos eso esperaba el coronel Obodo en Kampala, igual

que el comandante Barrett, de Seguimiento Espacial, en Estados Unidos.

En las selvas y sabanas de Uganda estaba la respuesta a esa incógnita.

Allí, en esos precisos momentos, una serie de personas diversas iban al encuentro de su propio destino que era también, por paradoja, el destino de una cápsula espacial norteamericana llamada Argonauta-3, cuyo paradero ahora era muy próximo al de todos ellos.

Y al de alguien más, llamado Hans Steiner, residente en un poblado watusi del interior de Uganda meridional.

Eso sí iba a resultar decisivo en las insospechadas consecuencias del incidente espacial.

El coronel Obodo no podía imaginar en aquellos momentos la trascendencia terrible que el suceso tendría en las próximas horas. Y de habérselo podido predecir alguien, es seguro que se hubiera reído de semejante posibilidad, considerándola imposible de todo punto.

Porque muy pronto, una criatura sobre la que nadie se preocupaba grandemente sobre la faz del mundo, un simple insecto poco popular entre las gentes, sería la figura central de una pesadilla sin precedentes.

Y contra eso, de nada servirían las llamadas por radio de las autoridades de Uganda.

En primer lugar, porque también en eso jugó la fatalidad su propia baza, complicando los hechos.

La fatalidad, en forma de una de las torrenciales lluvias propias de la región, acompañada, además, de gran aparato eléctrico, descargando sobre las selvas meridionales.

CAPÍTULO III

AZAR NEGATIVO

EL poblado watusi estaba justamente a la vista cuando estalló la tormenta.

En aquellas latitudes, las tormentas eran siempre así. Las lluvias descargaban de repente, lanzándose desde las nubes como una auténtica tromba de agua, al tiempo que el cielo nublado, negro y sombrío, se convertía en un zigzagueante infierno de chispas eléctricas y bramidos ensordecedores. El calor, la sequedad africana y la electricidad almacenada en la atmósfera, descargaban así su repentina furia sobre la jungla, los ríos, los poblados y cuanto se hallara bajo su furibundo azote.

—¡Cielos, vaya temporal! —se lamentó Loomish, corriendo a ayudar a Karin en su tarea de cubrir con lonas impermeables los más delicados utensilios y enseres de su equipo.

—Así son las cosas en Africa —suspiró el profesor, cojeando aún ligeramente, y buscando refugio bajo un enorme árbol de frondosa copa—. El calor y la sequía pueden ser demoledores y asfixiar a personas y animales. Las lluvias pueden arrasar regiones enteras, desbordar ríos, barrer poblados y los rayos destruir grandes extensiones selváticas, si logran prender fuego en ellas. Siempre extrema en todo. Terrible y grandiosa en cuanto a ella respecta.

—Ese arroyo que nos separa del poblado watusi es el punto que yo debo tomar para partir en otra dirección —comentó Loomish, ceñudo—. Hay embarcaciones a vapor indígenas, que van arroyo arriba, desde un embarcadero situado a menos de cinco millas de aquí. No creo que podamos separarnos ahora bajo semejante diluvio.

—Mi consejo es que crucemos los tres el puente, antes de que

algún rayo o las aguas crecidas lo arrastren, y nos refugiemos en el pueblo watusi en espera de que ceda la intensidad de la tormenta.

—Un temporal así puede durar horas. O días —le recordó Scott Loomish, pensativo.

—Aunque así sea, deberá quedarse. Es lo más prudente.

—Profesor, usted conoció hace años al doctor Steiner —se quitó Loomish de un manotazo el agua que corría por su rostro, copiosamente, chorreando de la hojarasca que, como charol verde, colgaba brillante, azotada por el aguacero tumultuoso e impresionante—. Pero si me ve a mí, tal vez no esté demasiado de acuerdo con mi presencia.

—Diremos que es sobrino nuestro—rió el profesor—. Mi sobrino Scott, educado en Inglaterra, ¿qué le parece? Tal vez Steiner ni siquiera le haga caso...

—Hum, no sé... —Scott sacudió la cabeza, pensativo—. Perderé tiempo quedándome con ustedes, aunque su compañía me sea muy grata, profesor.

—Por favor, no se arriesgue. —Karin puso la mano impulsivamente sobre su brazo—.

Quédese, se lo ruego.

—Conforme —aceptó al fin Loomish, aún con reservas—. Pero de cualquier modo, creo que tendrán que hablarme con más familiaridad, si quieren que el doctor Steiner se crea la historia del sobrinito educado en Inglaterra, ¿no, prima Karin?

La joven rió de buena gana, asintiendo.

—Sí, querido primo Scott —convino—. Te tendré que llamar siempre de modo afectuoso. No se me olvidará, no te preocupes.

Ambos jóvenes se miraron, risueñamente. Luego, decididamente, iniciaron, bajo el intenso aguacero, su marcha hacia el poblado watusi, casi borrado en la distancia, tras la cortina de lluvia torrencial que azotó a las figuras en movimiento a través del claro de tierra convertida en denso barrizal.

Poco después, cruzaban el puente sobre las aguas del amplio arroyo, cuyo cauce crecía por momentos, con un tono turbio, rojizo, a medida que el diluvio iba aumentando el caudal, y formando amplias charcas por doquier. La selva, dosel verde y lujurioso donde se estrellaban los torrentes de agua, quedó atrás, brillante de humedad, profunda de oscuridades y misterios eternos.

El puente sobre el arroyo era angosto y frágil. Se bamboleaba con cierta violencia bajo el azote de las ráfagas de viento, lanzando éstas auténticos raudales de lluvia contra los cuerpos y rostros de los tres expedicionarios. Pero tanto los Mulder como Scott Loomish sabían la clase de elementos desencadenados con los que se enfrentaban y supieron salvar los troncos sobre la corriente, con serenidad y sin inútil nerviosismo.

Delante, abriendo camino y protegiendo con su propio cuerpo a Karin, avanzaba Scott, mientras el profesor cerraba la marcha, más lento, aferrándose a las lianas entrelazadas que formaban los asideros precarios del puente oscilante.

Cuando arribaron a los límites del poblado watusi, salpicado de edificaciones de barro y

cañas, con cercas de troncos frágiles y de juncos enlazados entre sí por lianas fuertemente trenzadas, la lluvia era más intensa que nunca. Y el suelo, bajo su recio calzado, especial para recorrer las zonas selváticas, se movía, reblandecido, en espejeantes charcos casi gomosos.

—Esto es un auténtico infierno cuando el temporal es tan fuerte —se quejó el profesor Mulder, cayendo de rodillas, pese a sus esfuerzos, cuando la pierna le falló, falta de la fuerza suficiente para mantener el equilibrio.

Rápido, se volvió Scott, ayudándole a incorporarse, mientras Karin luchaba contra la furia del viento y de la lluvia. Arriba, sobre sus cabezas, fulguraban violentamente los relámpagos, entre destellos virulentos. Eran como latigazos de luz, acompañados por un sordo, rotundo tamborileo creciente, que estremecía los cielos y los ámbitos exuberantes de las tierras africanas.

Las ropas pegadas al cuerpo de la joven walkiria rubia, permitían marcar nítidamente, bajo el impacto del agua y el aire ululante, las formas de unos pechos enhiestos, agresivos y fuertes, lo mismo que sus muslos bien torneados y sus caderas de diosa pagana de la jungla. Sin embargo, Scott no tenía tiempo ni ocasión para admirar aquella figura espléndida, recortada contra el cielo borrascoso, mientras ayudaba al profesor Mulder y lograba, trabajosamente, reanudar la marcha con sus amigos alemanes.

Alcanzaron las primeras casas del pueblo watusi, con un jadeo de alivio, apoyándose en el muro de adobes trabajados

cuidadosamente, bajo los salientes de la techumbre de cañas a la usanza indígena.

—Uf... —susurró Scott, fatigado—. Al fin lo logramos. Espero que el recibimiento de estos nativos y de su huésped blanco no sea demasiado hostil ahora.

Y, decididamente, aunque ese fuese el riesgo al que inevitablemente se encaraban en esos momentos, Loomish tomó de una mano a Karin y por un brazo al profesor, y avanzó decidido hacia el centro del poblado, sin importarle la lluvia que les batía furiosamente.

Paulatinamente, puerta por puerta, fueron asomando altos, altísimos watusis, que contemplaban con ojos curiosos, a veces indiferentes, a veces amistosos, a los tres intrusos en su población. Bajo los extraños peinados rizosos, planos, brillantes, o los tocados de plumas y de pieles de leopardo, propios de su raza, los gigantescos nativos aparecían como estatuas fantásticas de ébano, de expresión placentera, de facciones singularmente correctas y tranquilas. En suma, el pueblo watusi no parecía dar motivo alguno de temor, lo cual no era para Scott Loomish y sus compañeros de peripecia, ninguna novedad sorprendente, ya que eran gentes habitualmente sociables y amistosas para el extranjero de piel blanca.

Desfilando por entre aquellos intrigados ocupantes del poblado, los tres recién llegados iban adentrándose por el barrizal, cambiando sus miradas expectantes con las apacibles de sus forzados anfitriones, que no parecían entender gran cosa de todo ello, ni en especial de los motivos que pudieran tener para visitarles.

Finalmente, se detuvieron en una plaza central, circular, rodeada de casas de igual estructura. Una de ellas era más amplia y alargada, y estaba provista de un porche, con una especie de acera o elevación formada de troncos.

En medio del claro, había un ídolo y un cerco de tambores de troncos ahuecados, recubiertos por pieles tensas, bien curtidas. Había también otros, hechos de grandes calabazas, igualmente vaciadas.

Se detuvieron los tres delante del ídolo toscamente tallado en madera y pintado con tintes de tierras de colores. Miraron en torno,

precavidos.

De repente, en alguna parte del poblado, una voz habló. No lo hizo en idioma nativo ni en ninguno de los dialectos de la región, sino en un claro, preciso inglés, de fuerte acento germánico:

—¿Qué hacen aquí? ¿Por qué se han aventurado a venir a este lugar precisamente?

¿No saben que tengo dada la orden de ejecutar a todo intruso? Y si los watusi no la cumplen, ¡yo mismo me encargo de ello!

Los tres se volvieron, sobresaltados. Miraron hacia el punto de origen de aquella voz áspera y afilada como la hoja de pedernal de un arma primitiva.

Se encontraron con el arma de fuego, un potente rifle automático, moderno, que les encañonaba desde el porche de la edificación más grande, sujeto por unas manos firmes, nervudas y enérgicas.

Por encima de esa arma, unos fríos ojos azules, duros como diamante y helados como la muerte misma, se clavaban en ellos, nada amistosos, declaradamente hostiles y agresivos, sobre la barbita pelirroja, recortada, y la boca prieta, rectilínea.

—Hola, doctor Steiner —saludó con voz áspera el profesor Mulder, encarándose rápido con él—. ¿Se atrevería a matarnos sin escuchar siquiera lo que tenemos que decirle?

—¡Ahora mismo, y sean ustedes quienes sean! —aulló roncamente el hombre del porche.

Luego, el arma comenzó a disparar sobre ellos.

* * *

—¡Esta maldita y asquerosa lluvia! —rezongó Ralston, con ira.

—¿Lluvia? —repitió Brent Garfield, sacudiéndose del rostro el agua que le corría a raudales—. Yo diría que el propio diluvio universal se está repitiendo ahora.

—Señal de que lo habríamos merecido por nuestros pecados —sentenció extrañamente el millonario, volviéndose con gesto extraño hacia su cazador y guía principal. Luego, miró en torno con disgusto—. Por todos los diablos, ¿dónde se ha metido ahora M'bongo?

—Esos negros del diablo... —farfulló Garfield—. En cuanto llueve torrencialmente, se preocupan sólo de refugiarse.

—Debería estar habituado a eso y no irritarse. Conoce bien a los

negros. Y conoce bien a Africa, Garfield. Sabe que el clima ecuatorial y los nativos de estas tierras, tienen un modo peculiar de ser. No hay por qué extrañarse de nada.

—No me extraño, señor. —Garfield alzó ligeramente su rifle—. Lo que me preocupa es ese animal.

—¿La leona? —Jeffrey Ralston enarcó las cejas, tratando de ver algo a través de la cortina de agua que descendía ante sus párpados entornados. Hubo como una sonrisa malévola y sarcástica en sus labios apretados, al añadir, con ironía—: Usted tuvo el blanco ante sí, con un noventa y cinco por ciento de posibilidades de acertar mortalmente al animal. ¿Y qué hizo? Herirle solamente.

—Fue la lluvia, el viento, los arbustos... Me desorientó ligeramente. Cuando quise rectificar era tarde.

—Oh, claro. Era tarde. Y la leona, malherida, pero no tocada mortalmente, escapó. No ha ido lejos, porque usted sabe que el arroyo y el poblado watusi no andan lejos. —Silabeó con repentina rabia el americano, volviéndose hacia él, airado—. ¿Y eso es propio de un cazador profesional, de un guía que cobra más que ningún otro guía africano de safaris, Garfield? ¿Usted, como experto en estas cosas, no sabe lo que significa una leona herida, furiosa y acorralada?

—¿Qué está tratando de decirme? —jadeó Brent Garfield, mirando con disgusto al hombre que financiaba y dirigía aquella expedición de caza al interior de Kenya y Uganda.

—Estoy tratando de decirle que es usted un inepto... o un loco suicida. Y no creo que un hombre con la fama de Brent Garfield pueda ser lo primero. Dudo también que pueda ser lo segundo, o no hubiera sobrevivido durante años a la vida que lleva en Africa.

—¿Entonces...? —El rostro de Garfield, bajo el aguacero, aparecía intensamente pálido y con las facciones crispadas ostensiblemente.

—Entonces, deberé pensar algo peor de usted, Garfield.

—¿Qué, señor Ralston? —le desafió el cazador, entre sorprendido e inquieto.

—Que, usted es un...

En aquel momento, algo en los ojos de Garfield avisó al magnate de Nueva York. Fue un centelleo fugaz, algo así como un chispazo súbito de inteligencia y astucia. Al mismo tiempo, a sus espaldas,

hubo un roce, una especie de susurro de hojarasca mojada, de tierra pastosa y blanda... ¡y luego un brusco, ronco rugido!

Eso sucedió cuando ya se volvía rápidamente Jeffrey Ralston, el millonario de edad avanzada y cabello canoso. De la jungla, a su espalda, a menos de veinte yardas de él, brotó, impetuosa, fiera, con un aullido entre furioso y lastimero, de animal herido, la figura elástica, musculosa, impresionante, de una leona en el paroxismo de su dolor y de su ira.

A Ralston, por la sorpresa, le escapó el rifle de la mano, excesivamente mojada y resbaladiza por la lluvia. Con ojos repentinamente dilatados por el horror, el esposo de Helen vio cómo su arma se hundía en el fango, lejos de su alcance, cuando ya el animal se disponía a saltar, con una previa contracción del cuerpo felino, bañado en sangre.

—¡Garfield! —aulló roncamente—. ¡Garfield, su arma! ¡Dispare! ¡Pronto, dispare!

Brent Garfield, testigo de la escena, se limitó a reír sordamente entre dientes... y retrocedió dos pasos, bajando a medias el arma y esperando los acontecimientos.

La leona herida brincó sobre el millonario, cuando éste iniciaba su grito desesperado, furibundo:

—¡Garfield, es una orden! ¡Dispare!

Pero Garfield no disparó. La leona brincó en el aire, bajo el azote de la lluvia torrencial, con la elasticidad de su felina condición y la rabia salvaje de su actual estado agónico, exasperado.

Ralston la veía venir, cuando sus reflejos actuaron por él, en un movimiento instintivo y vertiginoso, recuerdo de sus remotos tiempos de joven luchador. Su mano se cerró sobre la culata de su revólver, y lo desenfundó de la pistolera de su cintura, todo ello en increíbles décimas de segundo, en especial para un hombre de su edad.

Alzó el arma y disparó.

Una sola bala. Era suficiente. Le entró a la leona por un ojo y le reventó el cerebro saliendo por la parte posterior de su pulverizada cabeza. Un «Colt» americano, de calibre 45, era un arma demoledora, incluso para un león, cuando la distancia era tan breve.

Con un aullido de dolor y agonía, el animal rodó por el fango, chapoteando en él, a los mismos pies de Jeffrey Ralston. Se hizo en el claro un silencio profundo y tenso, que sólo rompía la lluvia con su estruendo monocorde, y el propio Ralston con su ronco jadeo tras la emoción vivida.

—Y bien, Garfield —se volvió lentamente hacia el cazador—. Y ahora, ¿qué? ¿Puede decirme por qué no disparó? ¿Puede decirme por qué *ha querido* que esa leona me matase?

—Yo, señor Ralston... —Tragó saliva Brent Garfield, estremecido, aún bajo el asombro que el imprevisto desenlace de la escena le causara.

—Se lo voy a decir yo, Garfield, puesto que usted no tiene valor para hacerlo —silabeó fríamente el millonario, dando un paso hacia él—. Yo le explicare por qué quiso verme muerto, y dispuso todo para ello, hábilmente, sin comprometerse. Su motivo tiene un nombre: Helen, mi esposa.

—¡Señor Ralston! —palideció mortalmente Brent.

—¿Le sorprende que lo Sepa? —el americano soltó la carcajada—. Vamos, vamos, no soy un imbécil, amigo mío.

—¿Qué... qué está diciendo?

La voz del cazador era ronca, insegura. Tenía clavados sus ojos en la figura erguida del hombre de cabellos blancos y figura nervuda, de edad más que madura, pero de vigor y energía indomable incluso ahora.

La dureza de la mirada del millonario, la mueca sarcástica de sus labios curvados, le revelaban con claridad al cazador profesional, en esos momentos, que Jeffrey Ralston podía ser cualquier cosa en el mundo menos un necio o un ciego a ciertas cosas.

Ralston, sin duda, sabía ya de mucho antes la verdad sobre sus sentimientos, sobre su pasión y la de ella, e incluso tal vez sobre sus ocultas relaciones culpables, que considerase Garfield tan disimuladas y secretas.

Ahora, el millonario de la Quinta Avenida, el caprichoso magnate, revelaba súbitamente, bajo el temporal impresionante, en la dramática oportunidad buscada por Garfield para causar la muerte del esposo de Helen, todo lo que conocía y sospechaba al respecto.

Era una realidad seria para él. Incluso grave. Eran simples suposiciones, sí. Helen y él podían negar, pero los hombres como Ralston tenían siempre fuerza suficiente para que la gente les creyese, para que sus acusaciones pudieran tener peso concreto, al ser formuladas ante cualquier autoridad, africana o no.

—¿Qué estoy diciendo? —preguntaba irónico el americano, avanzando hacia él—. Vamos, vamos, no vaya a ser ahora usted el necio. Me defraudaría. Helen iba a sentirse muy humillada si supiera que ha pretendido engañarme con un imbécil que, además, ni siquiera sabe cumplir sus deseos de dejarla viuda y cargada de millones, Garfield. Ha jugado demasiado fuerte en esto. Y cuando Jeffrey Ralston juega contra alguien, es im— placable a la hora de ganar.

—Todo... todo eso es simple sospecha suya, Ralston. Acusaciones sin fundamento. No podrá probar ante nadie que yo .. que Helen...

—No necesito probar nada. Soy Jeffrey Ralston. Mi palabra es ley. Nadie va a dudar de mí cuando acuse a un simple profesional de la caza. Y Helen me secundará. Helen me tiene miedo, joven estúpido. Ella se apresurará a apoyar mis acusaciones para salvarse ella misma. Usted será quien pague las consecuencias de todo. No hay otra salida. Ya le dije que soy implacable, Garfield. Vamos, volvamos al campamento. Utilizará la radio para informar de todo esto a las autoridades de Uganda. Una patrulla militar se hará cargo de usted en pocas horas, apenas pase este temporal. Ha cometido un grave error al juzgarme equivocadamente. Yo no perdono. Nunca. Y no soy fácil de engañar o de burlar. Tampoco es fácil matarme, Garfield.

—¿No? —Exasperado, con sus cabellos despeinados por el diluvio, con la faz convertida en un simple mechón blancuzco bajo el centelleo de los relámpagos en el cielo sombrío, Brent Garfield se irguió, mirando cruelmente al risueño, frío y despiadado millonario. Luego, alzó repentinamente su rifle con energía—. ¿Usted cree que no es fácil?

—No haga locuras —rió entre dientes Ralston—. No va a tener usted el valor suficiente para...

No terminó la frase. El arma restalló entre las manos del cazador por dos veces. Se fundió su estampido con el tronar, sobre sus cabezas.

Jeffrey Ralston abrió los ojos, sorprendido. Boqueó, mientras su ropa, sobre el pecho, enrojecía rápidamente, confundándose la sangre con el agua torrencial que empapaba su camisa y su chaqueta de safari.

—¿Conque no tengo valor suficiente, señor Ralston? —soltó Garfield una ronca carcajada disparando una vez más contra su adversario, fríamente.

—¿Qué... es lo... que ha... hecho? —jadeó Ralston, aturrido, estremecido su cuerpo por un nuevo balazo. Se agitó, entre la cortina de lluvia, siempre con la sangre extendiéndose dramática sobre su cuerpo, ayudada por el agua de lluvia—. No debíó...

Cayó de bruces, dando volteretas sobre el fango, hundiendo el rostro en los charcos de agua y quedándose finalmente inmóvil, no lejos de donde yacía la leona.

Convulso, crispado, Brent Garfield retrocedió, pasándose la mano por el rostro para recuperar la visibilidad total, para quitar de sus ojos aquel agua que le hacía ver borrosamente las cosas.

Lo había hecho. Había matado al fin al millonario. Estaba ahora allí. Muerto ante él, boca abajo en la lluvia. Con tres balas en el cuerpo.

Iba a ser difícil explicar a la policía, a las autoridades africanas, cómo pudo haber error en tres disparos. Muy difícil. Una bala puede perderse, pero tres...

Había perdido totalmente la cabeza. La desafiante superioridad del esposo de Helen le había logrado enloquecer. Brent Garfield, el hombre de los nervios de acero, había dejado que le dominase la ira, la impaciencia, el odio incluso... y también el miedo a sus propias responsabilidades.

Ahora ya no sería una sospecha o una acusación de intento de homicidio. Era un asesinato a sangre fría. En una persona importante, como Jeffrey Garfield...

Clavó sus ojos aturridos en el arroyo cercano, cuyas aguas crecían y crecían, amenazando ya desbordarse. Conocía lo bastante la región y sus lluvias, para saber que faltaban aún muchas horas para que aquel temporal amainase. Posiblemente todo un día, durante el cual las aguas seguirían subiendo, hasta salirse del cauce, romper el frágil puente y aislar del resto del país, por unos días, la zona de los watusi, cercana a la divisoria de Ruanda Urundi.

Bien. Eso facilitaría algo las cosas. Las aguas arrastrarían inexorablemente el cadáver del millonario, en menos de tres o cuatro horas, si la fuerza del temporal no amainaba. Y no tenía traza alguna de hacerlo.

El cadáver desaparecería entre torbellinos de agua fangosa, camino de los cauces que llevarían a las cataratas del Sur. Y todo habría terminado. Jeffrey Garfield sería dado por desaparecido en Africa. Se tendrían que dar explicaciones, claro. Y muchas. Pero Helen estaba para eso. Sería la viuda inconsolable que convence a todos. Y él, como supuesta persona ajena al suceso, podría corroborar, como un testigo ajeno al drama, que así habían sucedido las cosas.

Lentamente, una maligna sonrisa curvó los labios antes trémulos y apretados del cazador. Sí. Aún podía salir de aquel laberinto maldito. Aún podía salvarse todo, y dejar que Ralston se fuese al infierno. Bastaría con estudiar a fondo la versión de los hechos, entre él y una Helen automáticamente convertida en una viuda multimillonaria, influyente y poderosa. Les sobraría tiempo para estudiar un buen plan al respecto. Lo importante estaba logrado. Helen era libre.

Soltó Garfield una seca carcajada, contemplando el cuerpo sangrante e inmóvil de Ralston, las aguas crecientes, el torvo cielo que aún desprendería toneladas de agua sobre Uganda.

—Bien, señor Ralston —susurró el cazador entre dientes, con fría ira—. Al fin he ganado yo. ¡Yo, poderoso señor Ralston! Vete al infierno de una vez por todas.

Luego corrió hacia el campamento, donde tenía que cubrir las apariencias ante M'bongo y los portadores negros, denunciando con aparente desesperación la desaparición de Garfield en la jungla, herido por la leona.

Ese sería el principio de su versión de los hechos. Porque sabía que el cadáver de Jeffrey Garfield, difícilmente sería hallado ya por nadie, cuando fuese arrastrado hacia las cataratas, donde se despedazaría entre peñascos y espuma de agua furiosa.

Cuando Garfield corrió de regreso al cercano campamento donde esperaban Helen y los nativos, los ojos del cazador no pudieron fijarse en una cercana hondonada que, entre cañaverales frondosos, ocultaba en su fondo algo extraño, metálico y cónico, de

color aluminio brillante.

Algo que, sorprendentemente, emitía como unos fulgores parpadeantes, intermitentes, de rara coloración verdosa, igual que si despidiera alguna extraña forma de energía, alguna desconocida radiación que, bajo la fuerza de la lluvia y del temporal eléctrico, en vez de ir amainando, aumentaba de intensidad y de ritmo.

Garfield no llegó a descubrir esa extraña presencia insólita, en plena selva, a no mucha distancia de donde derribara a balazos a Jeffrey Ralston.

Tal vez de haberlo visto, tampoco hubiese informado a nadie del fenómeno. Y el Argonauta-3 tampoco hubiera sido localizado, por tanto, por las autoridades de Uganda.

Por desgracia para los seres humanos, así hubiera sucedido. Y así sucedió.

CAPÍTULO IV

FRONTERAS PROHIBIDAS

LOS primeros disparos causaron el terror en los Mulder. Y también en Loomish.

Las balas disparadas por el hombre del porche, levantaron columnas de fuego ante los pies de los expedicionarios, a no más de media yarda de distancia. Esas balas trazaron un perfecto semicírculo en torno suyo. El arma era automática y muy potente. Disparaba con Endiablada rapidez. Y el portador de ella sabía utilizarla.

—Steiner, ¿qué significa...? —jadeó, aturdido, el profesor Mulder, esperando caer cosido a balazos, junto con su hija y su acompañante.

Una ronca carcajada le respondió. El arma, repentinamente, descendió, apuntando al suelo del porche. La voz de Steiner se elevó sobre el ruido de la lluvia y el fragor de los truenos. Había sarcasmo en ella:

—Vamos, viejo profesor, no tema nada. Steiner podrá ser muchas cosas en este mundo, pero nadie habrá dicho nunca de él que sea un pistolero o un loco.

—¿Entonces...?

—Déjese de mirarme así, Mulder. Le reconocí apenas le vi. Soy buen fisonomista, no lo olvide. Y tengo una memoria excelente. Vengan acá los tres. Simplemente, he querido darles la misma bienvenida que doy a algunos desconocidos curiosos, los cuales acostumbran a marcharse del pueblo, sin ningún nuevo empeño por visitar al doctor Hans Steiner.

Respiró con alivio Mulder, apresurándose a avanzar hacia el científico, seguido por Loomish y por la joven Karin, a quienes hizo

un gesto en tal sentido. Steiner, repentinamente, había fruncido el ceño, contemplando con particular fijeza a Scott Loomish.

—Bien, Steiner. Me alegra que me recuerde. Especialmente, después de todos estos años —sonrió Herman Mulder, llegando ya al cobertizo y tendiendo su mano a Steiner, que la estrechó sin demasiado calor—. Estaba deseando verle de nuevo.

—¿De veras? ¿Y vino a Africa para eso, profesor? —dudó Steiner, algo receloso.

—Oh, no —sonrió el alemán—. El motivo de mi viaje es muy diferente. Estoy trabajando en una investigación por cuenta del Instituto de Estudios Biológicos. Me acompañan mi hija Karin, ayudante personal mía, y mi... mi sobrino Scott, entomólogo.

—¿Sobrino? —frunció el ceño Steiner, contemplando de nuevo a Loomish—. No sabía que tuviera sobrinos, profesor. Y menos con nombre inglés.

—Oh, bueno... —Mulder hizo un gesto—. Scott se crió en Inglaterra con unos parientes. Su nombre es Scott, por capricho de unos amigos ingleses muy allegados a mi familia. Pero ahora trabaja conmigo en estas tareas, Steiner. Espero que no le moleste nuestra presencia aquí...

—Me molesta todo el mundo, profesor. Pero usted es un viejo amigo y ellos son sus familiares. No puedo arrojarles del poblado, y menos con este temporal, pero tenga en cuenta que aquí mi palabra es ley. Los watusi me respetan y obedecen, porque yo les respeto a ellos y he logrado convencerles de que soy un mago poderoso que les conviene tener a su servicio fielmente.

—No dudo de que habrá sabido persuadirles de ello —rió Mulder—. De modo que vive aquí como un auténtico reyezuelo, ¿eh, Steiner?

—Prácticamente, eso soy para todos ellos. Y este lugar me gusta. Me permite seguir mis trabajos, vivir al margen de ese mundo estúpido que me marginó, sólo porque según ellos yo rompía las viejas normas establecidas, las rutinas de siglos y siglos de estupidez humana. ¡Y ellos, sin embargo, se van a matar a sí mismos con ese gran suicidio que es la polución de sus ciudades y países enteros, de sus mares, lagos y ríos, e incluso del propio aire envenenado que respiran!

—La polución... —suspiró Mulder—. Sí, Steiner. Ese es el gran

problema actual de la humanidad. Y sobre él giran mis trabajos.

—Entonces, ha elegido el lugar ideal. Esto todavía es virgen de muchas cosas. Africa conserva, cuando menos aquí, mucho de su encanto natural y primitivo. Pero cualquier día, las hordas civilizadas lo invadirán todo, y harán de este paraíso otra de sus cloacas inmundas, un vertedero donde los hombres agonicen lentamente, rodeados de suciedad.

—Por fortuna, aún no ha sucedido eso.

—No, Mulder, aún no —miró a la lluvia torrencial—. Pero vengan, vengan conmigo. Dentro podrán cambiarse de ropas, mientras se secan las que ahora llevan. Haré que les sirvan algo caliente: comidas, bebida, lo que sea. Serán los primeros blancos a quienes Hans Steiner recibe con cordialidad. Eso les convierte en auténticos privilegiados, aunque ustedes no lo crean.

—Sí, Steiner —aseguró Mulder—. Lo creo sin ninguna dificultad, amigo mío.

Y ante las curiosas miradas de los altísimos y solemnes watusi, entraron en la casa que ocupaba desde hacía años el doctor Steiner, mientras afuera seguía descargando el temporal furiosamente, y los relámpagos iluminaban lívidamente el apacible, tranquilo refugio del científico rechazado por la civilización.

* * *

El coronel Obodo exhaló un suspiro de desaliento, dejando a un lado los despachos telegráficos y los informes recibidos por radio o por teléfono últimamente.

—De modo que todo continúa igual —masculló—. Y ese maldito temporal ha venido ahora a complicar las cosas.

Su subordinado asintió con la cabeza, mirando el cielo nuboso sobre Kampala, y las gruesas gotas de lluvia que tamborileaban sobre los vidrios de la ventana de la oficina.

—En la región sur es muy violento el temporal —explicó el agente uniformado—. Y el Servicio Meteorológico informa que durará, cuando menos, lo que resta del día y de la noche. Los arroyos y ríos se están desbordando, y hay peligro de que las aguas arrastren algunos pueblos. Los helicópteros han tenido que renunciar a seguir buscando, y un rayo ha averiado la central de radio de las fuerzas policiales en la zona.

—En suma, todo se pone a nuestro favor —comentó

irónicamente Obodo—. Bien. Informen de todo eso a los americanos, y que ellos vean de resolver algo. Yo personalmente no encuentro forma de hacerlo, aunque imagino que los americanos van a decir que somos un país subdesarrollado, que no puede hacer nada cuando hay un simple temporal. ¡Con ese temporal, en plena jungla, quisiera yo ver lo que son capaces de hacer los de la NASA!

—Coronel, se ha recibido un despacho de El Cairo, hace poco —informó otro agente, asomando por la puerta de la oficina. Le tendió un papel escrito apresuradamente—. Tiene absoluta prioridad en su transmisión.

Obodo recogió el telegrama, examinándolo de una ojeada:

«Llego avión hoy mismo con material detector especial para búsqueda cápsula caída su territorio. Saludos.

«Comandante Sidney Barrett, de NASA.»

—Un experto —suspiró Obodo—. Con material para buscar ese trasto caído del cielo. Soliciten por radio que se le faciliten las cosas en la Aduana, y se gane el mayor tiempo posible. A lo mejor puede incluso moverse en medio del temporal.

—Sí, señor —afirmó su subordinado, desapareciendo rápido.

El coronel de las fuerzas policiales ugandesas se frotó la barbilla, pensativo, apoyado en su mesa de trabajo. Tenía ante sí un mapa detallado del sur de Uganda, con sus frondosas zonas selváticas, sus sabanas y sus arroyos y ríos, habitualmente caudalosos de por sí.

Tomó un lápiz rojo. Trazó un círculo ligeramente ovalado, sobre una zona verde oscura. Golpeó en ella con el lápiz, hablando consigo mismo, evidentemente contrariado.

—La zona donde el temporal es más intenso —masculló—. Sin duda alguna, aquella donde se encuentra la cápsula llovida del cielo. También es una maldita casualidad.

* * *

—De modo que es entomólogo, ¿eh, Scott?

Loomish alzó la cabeza con sobresalto. Se encontró la mirada de Steiner, fija malévolamente en él. Afirmó, con cierto desasosiego.

—Sí —dijo, secamente—. Entomólogo. ¿Le interesan los insectos, doctor?

—¿Interesarme? —Steiner soltó una breve, agria carcajada—. Algo más que eso, amigo mío. Todo lo que tiene vida, sea vegetal o animal, humano o no, me interesa sobremanera. Mi trabajo es ese:

biología, bioquímica... El estudio de los grandes secretos de la vida. El profesor es una autoridad en genética, usted lo sabe. Nos conocimos ambos cuando yo estudiaba ciertas cosas que no gusta nadie de ahondar.

—Algo me ha contado a veces sobre usted y sus investigaciones —afirmó Scott, tomando un sorbo de café—. Pero nada me ha dicho sobre la existencia de insectos entre sus tareas.

—Nunca los mezclo, la verdad —convino Steiner, risueño, entornando los ojos con aire enigmático—. Pero en Africa, uno aprende a estudiar otras formas de vida. Y a trabajar en ellas, buscando la gran verdad.

—¿Cuál es esa gran verdad, doctor? —se interesó ahora el profesor Mulder.

—La vida misma. ¿Qué es la vida, en sí? ¿Qué es su principio y su final?

—Me asombra usted —terció Karin, con cierta agresividad—. Genéticamente, se sabe suficiente ya sobre la vida. Y aunque no se dominen todos sus secretos, empieza a poderse incluso crear vida en un laboratorio. Vida que va más allá de lo puramente orgánico, claro.

—Mi querida jovencita, usted cree saber algo, y no sabe apenas nada —rió despectivo Steiner—. Sé lo que quiere decir: el ADN y todo lo demás... Son cosas elementales. Se altera la genética de los seres vivos, si se alteran las estructuras ribonucleicas... Sí, todo eso está muy bien, pero siempre hay algo más allá, algo más sutil e inconcreto... La vida animal, la existencia humana, los simples vegetales... ¿Cuál es la diferencia real entre sí?

¿Dónde está la diferencia? ¿Cuándo dejó el mono de ser mono y se hizo hombre, si las teorías evolutivas son ciertas?

—Ahí entra algo más que simple ciencia, doctor —se molestó Karin—. El eslabón perdido... y también la Razón.

—No iré a explicármelo teológicamente. La ciencia no se conforma con eso, jovencita.

—No trato de explicar nada. No soy antropóloga.

—Tampoco yo —rió entre dientes Steiner—. Y, sin embargo, estoy a punto de descubrir algo fundamental. Vengan, se lo ruego; verán algo muy interesante..., en mi laboratorio privado.

—¿En su laboratorio? —indagó Mulder, curioso—. Creí que

nunca nadie podía ver sus trabajos. Era la fama que le daban en Europa, doctor.

—Así era. Allí, hubieran llegado a quemarme por brujo, ¡en pleno siglo XX! —y soltó una dura, agria carcajada—. Vengan, y sabrán por qué... Oh, usted también, joven amigo Scott... Como entomólogo, va a ver algo fascinante de veras...

Y les acompañó, a través de la amplia sala donde parecía acomodarse siempre Steiner, en su vida aislada, en la jungla africana, para abrir una puerta e introducirles en el santuario de su ciencia.

Aquella ciencia que allá, en países europeos, le había costado el aislamiento, la expulsión e incluso la persecución por parte de las autoridades.

Interiormente, Scott Loomish se preguntaba qué clase de ciencia podía manipular Hans Steiner, qué secretos tocar, para que en la actualidad, en pleno siglo de conquistas científicas y de tabús rotos, a él se le rechazase y prohibiese la investigación.

Pronto tuvo la respuesta.

Y con un escalofrío de horror, comprendió la razón de aquellos países de Europa que no quisieron albergar en sus territorios a un hombre como Hans Steiner. Ni tampoco a su obra de científico...

* * *

—¿Qué..., qué es *eso*? —musitó roncamente Loomish.

Se acababa de detener junto a una urna de vidrio que, como pequeño invernadero, acogía en su interior a una gran variedad de plantas africanas, tropicales, bellísimas de color y espléndidas de frondosidad. Unos canalillos ingeniosos de riego continuado, las mantenían frescas, vivaces y llenas de esplendor, pese a su encierro, aunque también dotadas de una temperatura constante, gracias a una lámpara eléctrica situada sobre ellas.

—Cultivos especiales —sonrió Steiner—. ¿Le interesa la botánica también?

—Me interesa todo lo que tiene belleza —suspiró Loomish—. ¿Cómo obtiene luz aquí?

—Confeccioné yo mismo un sistema de baterías que se recargan por medio de un mecanismo hidráulico que aprovecha la energía del agua del arroyo, cerca del pueblo. No da para mucho, pero sí para esas plantas y para algunas cosas más. Los watusi dicen que es

cosa de magia producir luz sin estar en las ciudades del norte del país...

—¿Por qué todo ese trabajo? —se interesó Mulder, contemplando también las plantas—. Que yo recuerde, a usted tampoco le interesó nunca la botánica de modo especial, doctor.

—Y así es. Nunca dije que me interesara.

—¿Entonces, esas plantas...? —se interesó Karin, acercándose atraída por el color, brillo y belleza de las flores exóticas allí encerradas.

—Esas plantas, amiga mía, son muy peculiares —sonrió irónico Steiner—. Vea esto, se lo ruego. Y esté muy atenta. No se puede forzar aún demasiado ese punto. Estoy en sus inicios. Pero les gustará conocerlo..., aunque cuando lo cuenten en Europa, nadie va a creerlo. Veamos, señorita Mulder... Acérquese a las flores. Mírelas. ¿Qué ve en ellas de particular?

—Que soy muy hermosas y bien cuidadas. Un pequeño jardín maravilloso.

—Eso les gustará a mis flores. Seguro que les gusta *oír* elogios semejantes en boca de una joven tan bella...

—¿Oír? —sonrió Karin, moviendo su rubia cabeza—. Habla de sus flores como de algo que no sólo tuviera vida vegetal, sino entendimiento...

—No, por favor. Ahora no ofenda a mis flores —pidió Steiner—. Ellas..., ellas TIENEN entendimiento, ¿quiere hacer la prueba?

—Es ridículo —rechazó Mulder, ceñudo—. No se puede inculcar inteligencia a una flor. Es otra forma de vida, simplemente orgánica. ¿Se burla de nosotros, Steiner?

—¿Burlarme? —miró a Karin—. Señorita, ellas, las plantas están oyendo ahora lo que hablamos. Lo entienden perfectamente y están tratando de demostrarlo de alguna forma.

¿Por qué no se le ocurre algo, para que las plantas LO HAGAN?

—Es ridículo.. —rechazó Karin, abriendo mucho sus azules pupilas.

—Me recuerda los juegos de magia —sonrió Scott Loomish, escéptico.

—¿De veras, señores? —Steiner parecía molesto—. Por favor, señorita Mulder. ¿Qué le gustaría que hicieran esas flores para demostrar que *escuchan y entienden*? ¡Dígalo ahora!

—Bueno, siguiendo la broma, yo diría que..., que se inclinasen y tocaran los vidrios de su urna, con movimientos repetidos. Tres veces, por ejemplo —rió ella, de buen grado.

Steiner no dijo nada. Giró la cabeza. Señaló la urna.

—Vea —dijo roncamemente—. Vean eso, se lo ruego. Es *único* en el mundo...

Ante sus miradas alucinadas, las plantas se inclinaron sobre el vidrio que las protegía. Golpearon sus flores y hojas. Los tallos lo hicieron con ruido seco. Una, dos, tres veces. Y volvieron a su inmovilidad.

Un escalofrío sacudió la espina dorsal de Loomish. Karin abrió la boca. Sus padre, algo pálido, contemplaba fijamente las plantas.

—¿Qué..., qué significa...? —susurró la muchacha—. Lo hicieron...

—Un truco maestro —suspiró Loomish, irónico—. Eso lo pagarían a peso de oro en cualquier circo del mundo, doctor Steiner.

Comprendió que no debía haber dicho eso. Steiner se volvió a él como si le hubiera picado una víbora. Sus ojos fulguraban extrañamente. Había casi odio en su voz tensa, al replicarle:

—Scott, me está ofendiendo. Yo no soy un ilusionista, sino un científico. Usted acaba de ver a unas plantas que piensan y sienten porque son *casi* humanas.

—Sí, Scott —musitó cansadamente el profesor Mulder—. Mucho me temo que Steiner nos esté diciendo la verdad. No sé en qué modo... ha conseguido dotar de inteligencia o de entendimiento a unas simples plantas...

—¡Pero eso es imposible! —protestó Loomish, enrojeciendo.

—¿Imposible? —Steiner casi mordió la palabra. Le miró colérico, acercándose a él—.

¿Imposible, ha dicho? ¿Y usted, un científico, habla así? Joven amigo, no pruebe más su ignorancia.

—Escuche, doctor...

—¡Escúcheme usted a mí, puesto que soy su anfitrión y el de más autoridad aquí! —rugió hoscamente Steiner—. Ha dicho que es entomólogo, ¿verdad? Que usted..., que usted conoce el mundo de los insectos, ¿no es cierto?

—Sí. ¿A qué viene eso ahora?

—Venga conmigo. Le enseñaré algo que jamás soñó. Algo que lo supera todo, maldito sea usted y su ignorante escepticismo, Scott —avanzó a grandes zancadas hacia el fondo del inquietante laboratorio—. ¡Vamos, venga!

Era autoritario, imperativo incluso. Además, Scott Loomish sentía picada su curiosidad por ir más allá en el conocimiento de los extraños experimentos bioquímicos del hombre olvidado en el corazón de Africa.

Avanzó en pos de él. A alguna distancia mayor, lo hicieron los Mulder, padre e hija. Karin se aferraba, instintivamente, al brazo paterno, como si se sintiera incómoda y amedrentada en aquel recinto.

Loomish se detuvo, impresionado por lo que veía, dentro de una jaula de vidrio, un recipiente cubicular, de unos dos pies de alto, por igual dimensión de ancho y de largo.

La mayor pieza jamás vista en la especie, estaba allí, ante él.

Un insecto grande, peculiar. Un insecto verdoso, de alas translúcidas. En actitud de oración, con sus patas delanteras juntas. Alargado, quieto, extraño y en reposo.

—Una mantis... —dijo Scott.

—Una mantis, sí —asintió Steiner—. El insecto más voraz, cruel e implacable de todos. Capaz por sí solo, con sus crías de limpiar todo un jardín de otros insectos, por grandes y voraces que ellos sean. La mantis, que parece rezar siempre que está pasiva, a la espera de algo. Y como cierto eminente entomólogo dijo, «la mantis sólo reza pidiendo comida»¹. Podríamos decir que es el auténtico dinosaurio de entre los insectos. Usted debe saberlo, Scott.

—Claro que lo sé. La mantis religiosa o santateresa, es un insecto singular y terrible. Este es un ejemplar típico de mantis africana, mucho mayor. Pero nunca vi tan grande una de esas mantis. Debe sobrepasar los dieciocho centímetros...

—Diecinueve centímetros y seis milímetros, exactamente —rió entre dientes Steiner—.

Crece más, gracias a un sistema de desarrollo acelerado a que la someto. Bello ejemplar de mantis africana, ¿eh, Scott?

—Su belleza no me gustó nunca. Es un insecto inquietante. Demasiado cruel, demasiado implacable hasta con los suyos. Es incapaz de amar, ni siquiera al macho de la especie.

—Exacto. Yo diría que es la criatura más aterradora de todas..., si su tamaño fuese diferente. Por fortuna, la naturaleza la ha limitado a su mundo diminuto de los insectos. Ha sobrevivido a la prehistoria, y puede levantar en el aire cosas que sobrepasan veinticinco veces su peso. Como si usted o yo alzáramos dos mil kilos de peso, Scott... Esa mantis que ve ahí, es la mayor que encontré jamás en Africa. Y también la más inteligente.

—La inteligencia en los insectos está probada —convino Loomish—. Le felicito por ese ejemplar, pero no veo por qué decía que era algo nunca visto, doctor...

—Es que aún no ha visto usted lo que quería mostrarle —la mano de Steiner señaló algo, pegado al fondo de la caja de vidrio donde se encerraba la voraz y alargada figura verdosa de la mantis, siempre con sus patas de atrás como palillos, y las delanteras como sierras feroces, en falsa actitud de pasiva oración «religiosa». Preguntó el científico con voz glacial—: ¿Qué cree que puede ser eso?

—No sé... Parecen cables delgados, hilos, una rejilla como la de un micrófono...

—Es un micrófono. Altamente sensible a los sonidos. Posee un altavoz de salida muy potente. Funciona con baterías que yo repongo en la batería principal, cuando se agotan.

—Entiendo. Trata de entender los sonidos de los insectos, de grabarlos acaso...

—Sí —sonrió malignamente Steiner—. Algo así, Scott.

¿Qué tal si escuchamos ahora a la mantis religiosa africana, en su mundo de microsonidos?

Y giró un interruptor, elevando el volumen que emergía por una caja negra, situada sobre un soporte, en el muro, a poca distancia del notable, monstruoso ejemplar de insecto allí encerrado.

—Vamos, hable, Scott —rogó Steiner—. ¿Cuál es su opinión global sobre este ejemplar?

—Ya se lo dije antes. Es un insecto que no merece mis simpatías. Dijo de él un naturalista francés, Henri Fabré, que había presenciado personalmente cómo una hembra de la especie, como es la que tenemos ahí, puesto que las hembras son bastante mayores que los machos, había tenido relación amorosa sucesivamente con siete de éstos, y al final de las mismas se había comido rápidamente

a sus enamorados.

—Es un insecto horrible —dijo Karin, estremeciéndose al verle allí, tan gigantesco, infinitamente más que la variedad europea del mismo—. Y puede llegar a poner en su parto, en un simple receptáculo de tres centímetros de diámetro, al menos doscientas o trescientas ninfas, tan hambrientas y voraces como su madre. ¿Se imaginan lo que sería esa criatura, con un gran tamaño, en medio de nuestro planeta?

—Algo horrible —corroboró Scott Loomish—. Por suerte, su limitado tamaño no la hace temible para nosotros, Karin. Pero sigue sin serme simpática, aunque yo sea entomólogo...

Steiner sonreía extrañamente, mientras ellos hablaban. Luego, se hizo un breve silencio.

Y, de repente, sonó una voz en el laboratorio.

Era una extraña voz, fría y chirriante, brotando de alguna parte. Una voz impersonal, mecánica, incisiva, que tenía mucho de maligna. No se expresaba con claridad total, como si le costase algún esfuerzo especial emitir las palabras, pero éstas, susurrantes y raras, parecieron flotar de modo fantasmal en el ambiente:

—Tampoco ustedes me son simpáticos a mí. Si pudiera salir de este recinto..., ¡los devoraría a todos, malditos seres humanos!

Un silencio impresionante siguió a eso. Se miraron todos entre sí. Mulder, muy pálido, frunció el ceño, mirando a Steiner.

—Vaya. ¿También ventrílocuo, doctor? —le espetó el alemán.

—Esa mujer, Karin... y el hombre que me mira..., el entomólogo..., ¡serían un succulento bocado para mí! —volvió a sonar la voz espectral, desagradable y chirriante—. ¡Oh, vamos, mírenme todos! ¡Estoy bailando de satisfacción, sólo de pensar lo feliz que sería devorándoles! ¡Mírenme a mí, estúpidos! ¡Soy yo, la mantis! ¡YO, imbéciles...!

Y mientras el sonido brotaba del altavoz negro..., la mantis africana, realmente, comenzó sobre la caña que la sostenía, dentro de la urna de vidrio, una extraña serie de saltos.

Sus patas delanteras dejaron la actitud de oración para apoyarse en el muro de vidrio.

Y un par de redondos ojos saltones se fijaron en Karin y en Scott, con rara y malévola perversidad...

Karin exhaló un gemido.

—Dios mío... —musitó—. La mantis..., ¡está hablando como un ser humano!

Y se desvaneció en brazos de Scott Loomish, que anduvo presto a recoger a la hija del profesor, antes de que llegase a caer al suelo.

Dentro del altavoz, sonó una hueca, metálica carcajada maligna. Y en la urna de vidrio, la mantis pareció batir sus mandíbulas afiladas y voraces, ante la mirada dilatada e incrédula de Loomish..

—Sí, amigos —dijo triunfalmente Steiner—. Lo logré. No es ningún truco de ventriloquia ni de un insecto domesticado. No, ustedes ya lo han visto. Y lo comprobarán luego. Mi mantis..., ¡mi mantis es CASI HUMANA...!

Y su carcajada de triunfo, se unió extrañamente a la risa diabólica, increíble, que emergía del altavoz, viniendo, al parecer, de las mandíbulas estremecedoras de aquel pequeño ser, el más cruel y voraz de todos los conocidos en la faz de la Tierra.

SEGUNDA PARTE

¡MUTACION!

CAPÍTULO PRIMERO

EL HORROR

—**E**S imposible ver nada. Y este vuelo peligra... Es mejor regresar inmediatamente.

Las palabras del comandante Sidney Barrett fueron acogidas con un asentimiento por parte del piloto de la avioneta especial de reconocimiento.

Rápidamente, la pequeña aeronave emprendió el regreso a su base, en Kampala, sobrevolando los densos nubarrones, entre los que centelleaban las descargas eléctricas. Abajo, un auténtico diluvio sacudía la tierra, desbordando ríos y arroyos.

El piloto informó a la base. La voz de Obodo sonó, desde la capital de Uganda:

—Se lo dije, comandante. Es imposible conseguir nada práctico, salvo correr riesgos innecesarios, sobrevolando esa zona. Habrá que esperar a que amaine la furia del temporal y se despeje el cielo de nubes tormentosas.

—¿Cuándo sucederá eso? —se interesó el comandante Barrett, ceñudo.

—No antes de mañana. Quizá pasado.

—¡Puede ser demasiado tarde! —se quejó el norteamericano—. Piense que ignoramos si esa cápsula lleva algún tipo de radiación o de bacterias extraterrestres. La lluvia y la electricidad atmosférica, en vez de lavar el fuselaje, no harán sino incrementar esa posible radiación, y también extenderla por doquier. La lluvia es un vehículo excelente de toda clase de radiaciones, ¿no se da cuenta? Las aguas arrastrarán acaso gérmenes nocivos para personas, animales y plantas...

—Lo siento, comandante. Yo no envié esa cápsula al espacio, ni

provoqué la tormenta —fue la seca respuesta del militar ugandés—. Le he dicho lo que se puede y no se puede hacer, eso es todo. Mi personal está a sus órdenes, pero no podemos luchar contra toda clase de elementos, por mucha prisa que corra la operación. Si quiere sobrevolar la zona o lanzarse en paracaídas sobre ella, es asunto suyo. Pero dudo mucho que adelante nada, salvo poner en peligro su propia vida, con semejantes medidas.

—Sí, coronel —suspiró al fin el experto de la NASA—. Creo que, desgraciadamente, tiene usted toda la razón. Perdone mi insistencia, mis prisas. Ya regreso...

Y la avioneta se alejó definitivamente del sur de Uganda. Sobrevolando, sin ellos saberlo, una región azotada por las aguas, donde una cápsula metálica, hundida en una zanja del terreno, seguía emitiendo intermitentes radiaciones luminosas, de color verde lívido.

Radiaciones que la lluvia iba incrementando, que saturaban las aguas, que se deslizaba ya fuera de la hondonada, saturando el ambiente de modo peligroso e insensible...

La avioneta se perdió en la distancia, entre nubes, hacia el norte.

* * *

—Imposible —suspiró con cansancio Loomish. Cerró el botón de nuevo—. 'No funciona.

—¿Qué le ha sucedido a su emisor-receptor de radio, Scott? —se interesó Mulder, volviendo la cabeza., —No lo sé. Tal vez la tormenta lo averió. Pudo fundirse alguna válvula, quizá los diodos de germanio, no sé... Lo cierto es que no podemos recibir emisión alguna, ni tampoco emitir. Estamos aislados por el temporal en esta región, sin posibilidad de pedir ayuda a nadie.

—¿Ayuda? —la voz de Steiner sonó calmosa—. ¿Para qué la necesitan?

—No nos gusta la idea de seguir aquí mucho tiempo —replicó secamente—. Ha sido muy hospitalario al acogernos, pero la vecindad de un insecto que habla, no es nada grato para Karin o para mí.

—Yo he visto muchas cosas horribles en mi vida —se estremeció el profesor Herman Mulder—. Pero jamás una mantis con voz humana, Steiner... Es..., es un experimento horripilante e insensato.

—He conseguido dotar de entendimiento a las plantas. Y de

inteligencia y voz humana a una mantis —silabeó fríamente Steiner, mirándoles despectivo—. ¿A eso le llama «horripilante», profesor? ¿Se ha vuelto tan puritano y ridículo como sus colegas de Suiza, Bélgica, Francia o su propio país? ¿También me quemaría en la hoguera?

—No sé lo que haría con usted, Steiner. Pero ha cruzado la frontera.

—¿Qué frontera?

—La racional, la que exige un mínimo de consciencia y de sentido común. Incluso para un científico, hay cosas que no tienen razón de ser. La naturaleza creó su propia obra desde el principio de los tiempos. Esa mantis ha pasado siglos y siglos tal como nació, o evolucionando conforme a su estructura y condiciones de vida. No necesita para nada *pensar* como nosotros. Y menos aún *entender* y *hablar* nuestro lenguaje, Steiner.

¿Adónde puede conducir semejante contrasentido?

—A la verdad.

—¡La verdad! —se exasperó Mulder. Puso una mano en el hombro de su hija, pálida y callada junto a Scott—. Siempre la verdad... ¿Qué verdad busca realmente, doctor?

—La de nuestra vida y las demás cosas orgánicamente vivas. La posibilidad de mutaciones maravillosas en el futuro... ¿Por qué aceptar la rutina solamente? ¿Se hubiera llegado, sólo con rutina, hasta donde hemos llegado actualmente?

—La inquietud científica es una cosa, Steiner. La monstruosidad biológica, otra. A nadie se le ocurre crear un ternero con cabeza humana, o un hombre con cuerpo de reptil, pongamos por caso. Sería una aberración sin sentido. Usted ha hecho algo así, al dotar de entendimiento a unas flores y de..., de algo muy parecido al cerebro humano a..., ¡a una mantis!

—La mantis es el símbolo vivo de la supervivencia, la crueldad, la voracidad y la fuerza —dijo fríamente Steiner—. Además, se adapta increíblemente a sus condiciones actuales de vida. Esa mantis está a punto de germinar en nuevas vidas. Es una hembra en estado de gestación. En primavera. Las larvas saldrán pronto de su cuerpo, para dar vida a centenares de pequeñas crías, tan voraces como ella misma. Quiero saber cómo actúa sobre ellas la evolución que he proporcionado a la madre antes de su concepción.

—Dios mío, está a punto de producir una legión de diminutos monstruos. Me horroriza la sola idea de que esas pequeñas larvas hereden algo de..., de las actuales facultades de su madre. Está cambiando una evolución normal por otra que no sabe adónde terminará por conducirlo, Steiner. Yo que usted, destruiría ahora mismo esas urnas de vidrio, con flores y con mantis incluidas, dedicándome a otra clase de investigaciones menos horribles.

—Ya habló la voz del prejuicio y de la falsa pureza científica —se mofó Steiner. Luego, su mirada se hizo centelleante y colérica, al añadir con voz destemplada—: Escuche esto, profesor Mulder, y grábelo bien en su mente: por nada del mundo renunciaré a lo que estoy realizando. Esa mantis seguirá el proceso evolutivo actual. Y sus larvas. Y las flores. Todo, para encontrar el supremo secreto de la vida. Y una vez dominado éste, seré el más importante científico de todo el mundo, de toda la historia. ¡Produciré vida, si es preciso, en mi laboratorio! Y todos tendrán que inclinarse ante mi superioridad absoluta. Yo, profesor, puedo cambiar el curso de la historia. ¡Y lo haré, cuando domine la gran verdad de la existencia orgánica, racional o irracional!

—Está loco —masculló Loomish, sombrío—: Rematadamente loco, Steiner, si pretende seguir con eso.

—¡Ya basta! —cortó furiosamente el doctor—. Si van a seguir insultándome, será mejor que abandonen este poblado de una vez por todas.

—Creo que arrostraré mejor los riesgos de la tormenta, que la vecindad de «cosas» tan atroces —convino Scott, incorporándose—, ¿Van a venir conmigo, profesor?

En ese instante, hubo voces en el exterior. Un watusi asomó, informando de algo, en lengua nativa, al doctor Steiner. Este arrugó el ceño, irritado.

—¿Qué? —masculló—. ¿Más gente blanca en mi pueblo?

Salió rápidamente, tomando su rifle. Los Mulder y Scott se miraron entre sí.

—¿De veras se marcha, muchacho? —preguntó Mulder, preocupado.

—Sí, profesor. No soporto aquí ni un minuto más —replicó Scott, decidido.

—Yo tampoco, papá —terció Karin, estremecida—. Ese

espantoso ser, ese insecto hablando con voz humana... ¡No lo aguanto, no puedo!

—Está bien —aprobó el investigador—. El temporal es peligroso. Lo arrostraremos, sin embargo. Preparad las cosas. Nos vamos.

Scott le contempló. Luego, asomó a la ventana, escudriñando el exterior.

—Son una pareja. Hombre y mujer. El parece un cazador profesional —informó—. Viste como tal. Y lleva un arma especial, para caza mayor, con mira telescópica. Traen porteadores nativos.

—Algún safari perdido —Mulder arrugó el ceño—. Si buscan refugio, es que la cosa está mal, Scott. Han debido desbordarse los ríos. ¿Qué hacemos?

—Prefiero dormir sobre una palmera que permanecer aquí, profesor. Si quiere quedarse, volveremos a por usted cuando amaine el temporal.

—No, no —rechazó el sabio alemán—. Vamos todos. El solo recuerdo de esa mantis, logra producirme náuseas. Maldita sea, pensar que está ahí mismo, que nos mira y nos vigila si nos ve pasar... No, no. Un insecto, por cruel que sea, como una fiera, cuando es sólo lo que la naturaleza hizo de él, no me asusta en absoluto. Pero de ese modo...

—Yo me pregunto *cómo* pudo enseñarle a hablar, a entender... y a pensar —dijo Karin, estremeciéndose, con ojos extraviados.

Hubo un difícil silencio. Fuera, hablaba Steiner acremente con los recién llegados. Mulder y Scott se miraron. Este último terminó encogiéndose de hombros.

—También a mí me gustaría saber eso —masculló el joven entomólogo—. Una mantis no tiene un sistema vocal para adaptarse a sonidos humanos. Y menos aún posee cerebro para entenderse con nosotros, como podría hacerlo acaso un delfín, un perro..., no sé, cualquier otra especie viviente. ¡Pero un insecto..., una mantis...!

Terminaron de recoger las cosas. Steiner apareció en la entrada, con una mujer de aspecto atractivo, bastante joven y bien formada. La lluvia adhería sus prendas a curvas muy reveladoras y firmes. El hombre, con sombrero con piel de leopardo, parecía un cazador profesional, como dijera antes Loomish. Fuera se quedaban bultos y porteadores, bajo uno de los porches.

—Son la señora Ralston y el cazador Brent Garfield —informó

secamente Steiner. Miró malignamente sus preparativos—. Lamento decirles que si su idea es proseguir viaje, no obrarán prudentemente marchándose. El río y el arroyo se han desbordado. Las aguas arrastraron al esposo de ella, muerto por una leona herida. Hay peligro cierto de morir ahogado, si se aventura uno en la jungla.

—Aun así, debemos partir —habló secamente Mulder—. Con todos los riesgos. Usted conoce bien los motivos...

—Sí, claro —entornó Steiner sus ojos, extrañamente—. Bien, si lo prefieren así..., es su propio riesgo, no el mío. La señora Ralston y el señor Garfield se quedan.

—Ha sido horrible. Perder a mi pobre Jeff... —sollozó ella, hundiendo el rostro entre sus manos.

Karin la miró, en silencio, mientras acompañaba a su padre y a Loomish, camino de la salida. La lluvia continuaba siendo torrencial.

—Tengan mucho cuidado, señores —avisó Garfield— El puente ya no existe. El nivel de las aguas crece por momentos. Elijan zonas altas. Y descansen en las copas de los árboles. Personalmente, creo que es una locura que abandonen el poblado en estas circunstancias. Las aguas del arroyo forman ahora un torrente, incluso a menos de doscientas yardas de este poblado.

—Gracias por la información —contestó Loomish—. Pero tenemos prisa. Es posible que mañana haya dejado de llover ya.

—¿Mañana? —Garfield se encogió de hombros—. Sí, creo que no pasará de esta noche... Pero en unas horas, el agua puede hacer aún mucho daño. Si van hacia el sur, encontrarán un poblado de pigmeos a menos de doce millas. Son inofensivos y pueden refugiarse allí. Está a bastante nivel sobre el cauce de los ríos cercanos.

—Le repito mi agradecimiento, señor Garfield —sonrió Scott, inclinando la cabeza. Luego, le miró, con repentina curiosidad—. ¿Se encuentra enfermo acaso?

—¿Enfermo? —el cazador pestañeó—. No, no. Me encuentro perfectamente. Un poco cansado, y algo emocionado por el trágico fin del esposo de la señora Ralston, pero bien de salud... ¿Por qué lo dijo?

—Oh, por nada. Es que sus labios tienen un especial matiz violáceo... Como si estuvieran amoratados.

—¿Amorados? —Garfield se tocó los labios—. No, no sé... Tal vez algún insecto... Me encuentro bien, sin embargo. Gracias, de todos modos. Tomaré quinina y algún antibiótico, por si acaso...

Se despidieron. Steiner estrechó con frialdad la mano de su colega alemán. Scott y Karin no merecieron siquiera esa despedida. Evidentemente, les consideraba responsables de la marcha súbita del poblado.

Ya camino de la selva, bajo la lluvia torrencial, Scott trató de recordar, ceñudo.

—No sé... Juraría que he visto antes, a alguien, ese tono amoratado en la boca... Y

también el brillo febril de los ojos de ese cazador...

—¿Alguien? —rechazó vivamente Mulder—. No creo que hayamos visto a mucha gente. Sólo los watusi, Steiner... y nosotros mismos.

—Aun así, he visto eso anteriormente... Tal vez recuerde dónde...

Pese a lo copioso de la lluvia, avanzaron decididamente, protegidos con lonas impermeabilizadas, eligiendo los terrenos más altos y duros, para eludir charcos y barrizales peligrosos.

Alrededor del poblado watusi, las aguas corrían tumultuosas, procedentes del arroyo cercano, totalmente desbordado. Arrastraban vegetales, plantas, e incluso cadáveres de animales selváticos y gran número de insectos arrancados de sus nidos por la furia del agua desatada.

De repente, con brusquedad, perpleja la expresión, Scott Loomish se paró en seco.

—¡Cielos! —exclamó.

—¿Qué le ocurre ahora, Scott, muchacho? —se alarmó Mulder.

—Ahora he recordado... El brillo de esos ojos, el amoratado de la boca... —jadeó el entomólogo, muy pálido su semblante.

—¿Quién lo tenía? ¿Algún nativo del poblado? ¿Steiner acaso?

—No, no —rechazó vivamente Scott—. Era..., era la mantis...

* * *

La lluvia seguía siendo una cortina sobre la jungla. El agua corría, turbulenta, sucia y turbia, de un rojo oscuro y feo.

La lluvia que golpeaba el cuerpo metálico, plateado, del

Argonauta-3, rebotaba con furia, yendo a engrosar el curso de un pequeño torrente que, abriéndose paso entre la tierra removida y los arbustos, iba a unirse al cauce general de las aguas turbulentas.

Paulatinamente, una especie de esporas o corpúsculos fluorescentes, de un tono verde lívido, se desprendían de la superficie metálica de la cápsula, deslizándose entre las aguas, corriente abajo, como diminutas burbujas luminosas, que se entremezclaban con el fango.

La nave caída en la Tierra se iba hundiendo en el barro. De su fuselaje aluminizado, una especie de vaho o vapor verdoso se elevaba, al contacto con el agua fría y martilleante. Aquel vaho se entremezclaba con la densidad misma de la lluvia, subía hacia las nubes, tenuemente, entremezclado con la cortina de agua...

Luego, se diluía por completo en la atmósfera, invisible casi a cualquier mirada humana que hubiese tenido la posibilidad de contemplar el fenómeno.

Radiaciones y gérmenes desconocidos se iban desprendiendo de la cápsula que viajó a los espacios y rozó en su carrera cósmica cuerpos ignorados, meteoros y asteroides en los que había formas de vida que jamás se vieron en una atmósfera como la terrestre.

Paulatina, implacablemente, la evolución iba avanzando. La cápsula llovida del cielo emitía su radiación siniestra, inapreciable, intangible...

Y la lluvia, el agua de los cauces, conducía lejos, muy lejos, por todas partes, aquella extraña forma de vida llegada del espacio...

* * *

Kalari era el alto y fiel watusi que ayudaba a Hans Steiner en sus experimentos y trabajos.

El watusi no entendía nada de todo aquello, pero era solícito y servicial como pocos. Steiner le hacía salir del laboratorio siempre que debía proceder a algún experimento especial, que el nativo no debía presenciar.

Esta noche, era diferente. El temporal continuaba fuera, aunque paulatinamente parecía ir decreciendo su virulencia. Eso presagiaba, para el buen conocedor del clima ecuatorial africano, la proximidad de un tiempo más benigno. Y, en suma, el fin de las lluvias y del aparato eléctrico, ya casi inapreciable.

Kalari tenía sueño. El doctor Steiner había trabajado hasta tarde,

y ahora estaba atendiendo a sus nuevos huéspedes, antes de ultimar algunas cosas en el laboratorio, e irse a dormir. Kalari le esperaba, sentado en el laboratorio. Pero tenía sueño.

Y se quedó dormido.

Una mirada extraña, maligna, voraz, estaba fija en él. Kalari nunca la hubiera notado. A su mente no podía acudir la idea ridícula de que alguien estuviese mirándole allí, donde sólo había plantas, unos cobayas enjaulados, y algunos insectos a los que el watusi no prestaba la menor atención, como aquella enorme mantis africana.

Y, sin embargo, la mantis *sí* le prestaba toda su atención a él.

Steiner se retrasaba en volver al laboratorio. Su voz se oía distante, mezclada con la de los nuevos huéspedes, mientras consumían la cena. Fuera, el poblado dormía ya apaciblemente, en silencio bajo el aguacero.

La mantis no dormía. La mantis tenía hambre. Y parecía mirar al negro Kalari como si éste pusiera ser un exquisito bocado para ella, pese a su diferencia de tamaño.

La lluvia entraba en el laboratorio por la ventana de la choza watusi. Corpúsculos luminiscentes, casi inapreciables, corrían por el suelo, en pequeños regueros de agua...

La boca de la mantis era extrañamente oscura ahora. De un tono violenta intenso.

Los ojos saltones del feroz insecto, dilatados y palpitantes, exhibían un brillo anormal, como si fuesen humanos, pero además dotados de un ardor febril.

Y Kalari, ajeno a todo eso, que tampoco le hubiera preocupado demasiado, dormía profundamente, vencido por el sueño y el cansancio.

Hubo un crujido de vidrio roto. La lluvia golpeaba, al rebotar en el alféizar de la ventana, la urna de vidrio. Pero sin fuerza para romperla.

Sin embargo, se estaba agrietando, abriéndose...

La presión de unas patas que antes parecían unirse en actitud de religiosa oración, estaban quebrando el vidrio.

Porque esas patas, repentinamente, se habían vuelto monstruosamente grandes. La mantis africana de casi veinte centímetros de longitud, medía ahora cuando menos pie y medio².

Su crecimiento súbito, se había producido en instantes. Y *seguía creciendo*.

¡CRASHHHH...!

Vidrios rotos. Astillados. La urna estaba partida en dos. El crujido fue tan leve, y tan profundo era el sueño de Kalari, el watusi, que ni siquiera se agitó en su postura actual.

La mantis salió de su encierro. Ya medía más de los dos pies que podía albergar su encierro anterior, de transparentes muros, ahora quebrados con suma facilidad.

El monstruoso, increíble insecto, se quedó erguido, en su actitud de plegaria, frente a Kalari. Los ojos saltones eran dos globos centelleantes y malignos. Crepitaban las afiladas fauces, capaces de morder un dedo humano hasta hacerlo sangrar, incluso en su tamaño normal. Ahora, ese tamaño se había multiplicado increíblemente. Y a medida que los corpúsculos luminosos del agua se adherían a sus patas de alambre verde y flexible, el cuerpo crecía, crecía, crecía...

De súbito, una mesa volcó, quebrándose los elementos de vidrio que, para sus experimentos, alineaba allí Steiner. Esta vez, el ruido fue considerable. Kalari abrió sus redondos ojos, con sorpresa y sobresalto.

No vio nada ni a nadie. Estaba echado atrás en su asiento. Ante él, la mesa volcada, el vidrio de la urna roto, algo más allá. Y muchos más vidrios por todo el recinto, donde se hicieran añicos los instrumentos del doctor.

Kalari se incorporó, preocupado, preguntándose si el doctor le culparía a él de todo aquel destrozo que su mente aturdida no lograba entender. De repente, a su espalda, notó algo así como un roce, un siseo chirriante, igual al de un grillo o una cigarra, pero infinitamente más voluminoso.

—Kalari... —susurró una voz extraña, como jamás la oyera el watusi—. Kalari, ¿te acuerdas de mí...?

El negro se volvió, al tiempo que una extraña, increíble sombra, se recortaba contra el muro, cuando una figura de pesadilla se silueteó delante de la lámpara de calor de las plantas cultivadas en la urna especial.

Un alarido de supremo horror escapó de sus labios convulsos. Los ojos desorbitados miraron incrédulamente aquella forma

aterradora que, poco antes, dibujaba su sombra alargada e increíble sobre el muro...

Unos ojos saltones y horribles se acercaron a él. Una boca, voraz como ninguna otra en la creación, se precipitó sobre él, abiertas las dentadas fauces babeantes, entre verdosas y violáceas....

Unas patas larguísimas, elásticas, velludas, con un verde vello erizado y adherente, se cerraron sobre el cuerpo negro. El grito agudo, espeluznante, del infortunado Kalari, se quebró con un chasquido atroz de huesos, de carne humana triturada...

La sangre salpicó todo, cuando la cabeza de Kalari desapareció entre las fauces hambrientas del siniestro enemigo. Luego, todo el cuerpo espasmódica mente agitado, fue engullido, entre nauseabundos chasquidos, por las fauces monstruosas, como llegadas de otro mundo.

CAPÍTULO II

RADIACION MUTANTE

—**L**A mantis... ¿Está seguro de eso, Scott?

—Sí, profesor. Estoy convencido de ello.

El profesor Herman Mulder se agitó, inquieto, en los gruesos ramajes del alto árbol donde se encaramaran los tres, envueltos en sus lonas impermeables luego, y acomodados del mejor modo posible sobre aquella improvisada vivienda nocturna.

La lluvia estaba cediendo paulatinamente, con mucha lentitud. Pero cedía, y era buen indicio. Scott estaba seguro de que el amanecer les mostraría ya un cielo despejado y sin riesgo de temporales.

Pero por el momento, el sitio más seguro para ellos era aquel alto tronco de frondosa copa. Y allí estaban, pernoctando, camino del poblado de pigmeos que citara el cazador Garfield.

—¿Qué relación tendría una cosa con otra? —dudó Karin, saliendo de su mutismo.

—No lo sé. Pero la mantis no tiene amoratada la boca, sino de un tono verde más intenso. Y sus ojos saltones no poseen regularmente aquel brillo...

—Recuerda que casi no es ya un insecto —sonrió tristemente Karin—. Aún me horrorizo al recordar su..., *su voz*... ¡Oh, Dios, cuánto odio y cuánto *hambre* había en ella!

—Es lo que me convenció de que Steiner no utilizaba trucos —asintió Mulder—. Es como una mantis se hubiera expresado, de serle posible hablar.

—Pero las mantis no hablan —le recordó Scott secamente.

—Ahora sabemos que *pueden* hablar, cuando menos si Steiner las trata —ironizó Mulder—. Lo que ignoro es la forma en que habrá

podido conseguirlo... y me aterra pensar que pueda extenderse ese fenómeno horripilante. Nadie sabe de lo que sería capaz un insecto semejante, dotado de inteligencia o conocimiento humano.

—Inteligencia... Conocimiento... —Scott Loomish se estremeció—, ¿Recuerda, profesor? Las plantas *también* obraban inteligentemente. Y nos entendían... Eso significa...

—¿Qué crees que significa? —le preguntó Karin, muy pálida.

—No..., no sé... —Scott sacudió la cabeza, como alucinado—. Me pregunto si, realmente, ese hombre recurrirá a..., a los procedimientos que se me ha ocurrido pensar y que sólo imaginarlos me causa horror.

—¿Qué es lo que ha pensado realmente, muchacho? —se interesó Mulder, con voz sorda.

—He pensado..., he pensado que ese hombre, ese loco... ha debido utilizar, para inyectar entendimiento a las plantas, para dotar de voz y de inteligencia humana a un insecto... nada menos que TEJIDOS HUMANOS...

—¡Scott! —se horrorizó Karin, mirándole.

—Tejidos humanos, sí —insistió Loomish—. Acaso tejidos de *un cerebro* humano. Y un modo de..., de cruce horrible entre plantas y materia cerebral humana. Un cruce también de insecto y criatura humana... Una adaptación del aparato vocal de las mantis, por medio de injertos... Algo demoníaco pero científicamente factible, si ese hombre domina la bioquímica y la biofísica como parece...

—Sí, hijo mío —suspiró Herman Mulder, impresionado, cerrando sus ojos—. Hemos llegado a la misma conclusión ambos. Ese creo que es el secreto de Steiner... Injertos humanos en plantas y en insectos... Un horror que sólo Dios sabe adónde puede conducir...

* * *

Lívido, descompuesto, Hans Steiner se mesó los cabellos, apoyándose en el muro.

—¡Imposible! —jadeó—. ¡Imposible! No ha podido ocurrirme esto...

Su aspecto tenía mucho de patético. Brent Garfield le contemplaba con mirada fija, preocupada. Instintivamente, rompiendo todo disimulo, Helen Ralston se había precipitado en

brazos de su amante, acurrucándose contra él, evitando mirar la sangre que, por doquier, salpicaba de un rojo violento todo el destrozado laboratorio.

La ventana era un boquete informe, desmoronados los ladrillos de adobe, una parte del muro de la cabaña estaba derruida, y el agua de la lluvia, ahora más tenue, entraba impetuosamente en el recinto.

Alrededor de ellos, todo era caos, destrozo, ruina.

La larga urna de las plantas había sido aplastada. Entre millares de vidrios pulverizados, emergían, trituradas y rotas, las maravillas botánicas del doctor Steiner, reducidas a arbustos, hojarasca y flores rotas, entre pulpa de plantas trituradas.

Era como si un ser demoníaco, enfurecido y devastador, hubiera penetrado allí, para pulverizar la obra entera de Steiner. De Kalari, su sirviente, ni rastro.

Solamente aquella sangre... y un tocado con piel de leopardo, unas plumas y una pulsera del tobillo, trabajada en cobre... Todo eso perteneció a Kalari, su sirviente. Ahora, era cuanto quedaba de él.

Ante la mirada extraviada de Steiner, el charco de sangre más denso parecía señalar algo. Pero todo ello, al investigador no parecía preocuparle en absoluto. Era la urna rota, aquella otra urna del rincón, la que le atormentaba.

La mantis.

No estaba. Había desaparecido. Y cerca de su emplazamiento anterior, una serie de urnas con insectos habían sido destrozadas, y desaparecieron también sus ocupantes, aunque había fragmentos de patas y restos de alas de algunos de ellos. Steiner se dijo que parecían devorados por alguien.

—Pero..., ¿qué ha sucedido aquí, doctor? —indagó, preocupado, Brent Garfield—.

¿Quién pudo hacer semejante destrozo?

—No..., no tengo idea —susurró el sabio—. Pero es mi obra de años y años... Lo más grande que jamás se logró en el terreno científico. ¡Destruído inexplicablemente en un momento!

—Y..., ¿esa sangre? —se interesó el cazador.

—Tampoco lo entiendo. Uno de mis hombres me esperaba para terminar un trabajo ¡esta misma noche. Ahora..., no aparece por

ninguna parte. Ni tampoco la mantis...

—¿La mantis? —pestañeó Garfield, dudando del equilibrio mental de su anfitrión, y

volviéndose a contemplarle con sorpresa.

—Sí, eso dije: la mantis... Mi mantis, ¿no entiende?

—No, no entiendo. Hay muchas aquí, en Africa, y todas de gran tamaño. ¿Sirve de algo una mantis, doctor?

—La mía era muy especial. Algo fuera de lo común. Mi gran obra. El futuro de una ciencia maravillosa y revolucionaria... ¡Y la he perdido! ¿Se da cuenta? ¡Nunca podré encontrar a mi mantis en esta jungla, con ese aguacero! ¡Si escapó con vida, morirá ahogada!

—Bueno, creo que por poco que valga la vida de un nativo, es más importante que un insecto, por maravilloso que éste fuese, doctor —señaló con cierta sequedad el cazador.

—Usted no entiende... ¡Nadie lo entendería! —aulló Steiner, lívido, descompuesto. Luego, se precipitó por el hueco de la ventana, mirando en el porche, como enloquecido. Pero evidentemente, sus ojos no hallaban rastro alguno de lo que buscaba. Aunque se detuvo, asombrado, delante de una choza cercana a la suya.

Allí, habitualmente, había una cabra africana, atada a un poste. Era propiedad del ocupante watusi de aquella choza. El poste, la correa y el collar de la cabra, continuaban allí. Y también parte de su cabeza, con los duros cuernos retorcidos, sobre un charco rojizo, de agua y sangre. En el porche, un niño de ojos desorbitados, de piel charolada, lloraba desconsoladamente.

Steiner se acercó a él. Le habló en watusi, precipitadamente. El niño respondía con sollozos y monosílabos. Una mujer watusi salió de la choza, hablando presurosa, con vivos ademanes, con el doctor Steiner.

Garfield abrazando imprudentemente contra sí a Helen Ralston, contemplaba toda esa escena con inquietud evidente. Ella le miró, alarmada.

—¿Crees ..., crees que ese hombre está mentalmente sano? —dudó Helen.

—No sé qué pensar... —masculló el cazador, arrugando el ceño —. Lo evidente es que «algo» o «alguien» penetró en este poblado de noche, y causó ese destrozo. Me pregunto quién sería, para

devorar una cabra... y quizá a un hombre...

—¿Qué quieres decir? —se estremeció Helen vivamente.

—Esa sangre del laboratorio, los restos de adornos de un watusi... y el negro desaparecido, ese tal Kalari... Hay algo raro en todo eso. Y en la forma de destrozar las cosas.

—¿Caníbales? —tembló ella.

—Es lo raro —Garfield sacudió la cabeza negativamente—. No hay caníbales por aquí. Ni conozco a fiera alguna capaz de causar ese destrozo, a menos que un elefante se hubiera vuelto loco, pero entonces no hubiera dejado un solo ladrillo de esa choza en pie... y, desde luego, no hubiera devorado a nadie. Los elefantes no obran así, por locos que estén.

—Brent, ¿recuerdas? Aquella gente que estaba aquí cuando llegamos... Prefirieron marcharse a permanecer aquí..., a pesar del temporal, de la lluvia... Corrieron un grave riesgo, en vez de aceptar la hospitalidad de ese hombre... Brent, ¿no crees que aquí hay algo..., *algo* siniestro?

—No sé... Presiento que sí, pero ignoro lo que pueda ser —musitó roncamente—. Ven, hemos de volver dentro. Tomaré el rifle, por si acaso. Sea ello lo que sea lo que haya producido todo esto, es sumamente peligroso. Valdrá la pena aguardar arma en mano. Y no podemos arriesgarnos a salir ahora a la ventura, en plena noche. Es posible que el monstruo que causó el destrozo ande cerca del poblado, al acecho...

Steiner volvía, lívido y desorientado. Entró en la casa de nuevo, y se sirvió un trago de licor, antes de hablar con voz jadeante:

—No entiendo nada... La cabra atada a esa choza... ha sido devorada... El niño dice que vio algo grande, algo que nunca había visto... Una fiera desconocida..., que luego se fue, sin verle. Devoró a la cabra de un solo bocado..., y se perdió en la oscuridad.

—¿Ha dicho si era muy grande? —indagó Garfield, preocupado.

—Su madre pudo sonsacarle algo, muy dificultosamente. Está aterrorizado, no sabe lo que dice... Asegura que era un animal enorme, verdoso, con alas... Mucho más alto que la cabaña, cuando se puso en pie para devorar a la cabra entre sus patas delanteras...

—Verdoso, con alas... Voraz, comiendo con sus patas delanteras y en pie... —Garfield entornó los ojos, fijándolos en Steiner—. Doctor, usted habló antes de una mantis... y eso que cita el niño

watusi parece en todo una mantis...

—Ya lo he pensado —tembló convulsivo Steiner—. Pero NO HAY mantis del tamaño de esta cabaña, Garfield. Yo poseía la mayor que jamás vi... y no llegaba a veinte centímetros de longitud.

—Sí, claro —Brent hizo un gesto con la mano, y resopló—. Olvídalo, doctor. Dije una tontería. Pero es lo único que se me ocurrió cuando mencionó las palabras de ese niño...

Luego, insensiblemente, abrazó contra sí con mayor fuerza a la señora Ralston.

Pese a sus hondas preocupaciones personales, Steiner se fijó en el hecho, con cierta sorpresa. De soslayo, estudió a ambos, cazador y viuda. Y comentó secamente, saliendo de la habitación:

—Para haber enviudado hace sólo unas horas, señora Ralston, ha encontrado usted fácil consuelo en otro hombre...

Salió sin añadir más. Helen se apartó en el acto de Brent, con sobresalto. El la miró.

—Hemos cometido un grave error —musitó ella.

—Lo siento —afirmó él, sombrío—. Ese tipo es menos despistado de lo que parece... Espero que no le conceda importancia a esto... En caso contrario, tendría que haber otro «accidente» en Uganda...

Helen afirmó despacio con la cabeza, fría y dura su mirada.

—Cualquier cosa antes que correr riesgos, Brent —silabeó—. Recuerda que una sola palabra podría llevarnos a los dos a la horca...

—No es fácil olvidarlo, preciosa —susurró con disgusto Garfield, inclinando la cabeza.

Y, de repente, exhaló un alarido terrible, cuando en la ventana asomó aquel rostro de pesadilla, bañado en sangre y en agua.

—¡Dios mío! —aulló—. ¡RALSTON! ¡Es él! ¡Tu esposo, Helen...!

Ella se volvió, horrorizada. Cuando vio aquella cabeza en la ventana, sus cabellos se erizaron.

—¡Nooooo! —chilló, desesperada—. ¡Eso..., *eso es imposible!*

Luego, la ventana se quebró en mil pedazos, brutalmente. Y la cabeza de Jeffrey

Ralston, empapada de lluvia y de sangre, asomó al interior.

Una cabeza enorme, inmensa, mucho más grande que todo el cuerpo de Helen o de Garfield...

Luego, manos gigantes, monstruosas, penetraron en busca de

ellos dos...

Fuera, en el poblado watusi, un desesperado clamor de pánico, puso el contrapunto angustioso a aquella situación alucinante e imposible.

* * *

La lona cubría por igual a Scott y a su pequeño emisor-receptor de radio portátil.

Era difícil dormir entre las recias ramas del árbol, pero se conformaban con el descanso corporal, en aquella posición segura, por encima del peligro de las aguas. Karin se inclinó, curiosa, hacia él.

—¿Qué estás haciendo ahora? —se interesó.

—Creo que la radio está reparada... He hecho un circuito nuevo. Tendrá menos potencia, pero podremos, cuando menos, captar algo. El servicio meteorológico, las instrucciones de las autoridades, lo que sea. Y si pudiéramos emitir, informaríamos de nuestra posición, por si alguna patrulla ugandesa puede ayudarnos a salir del embrollo.

—Será difícil, con semejante tiempo —dudó ella.

—Cuando menos, se podrá intentar. Ellos sabrán cuál es el camino más seguro, y pueden orientarnos con instrucciones radiadas. Veamos si esto resulta...

Comenzó a manipular decididamente. Salieron sonidos intermitentes, ruidos parasitarios y zumbidos. Al fin, surgió una voz:

—«Informando JZX-22... Informando JZX-22, en respuesta a llamada de SQR-144...»

—«SQR-144 escucha —respondió otra voz—. Estamos atentos a informes de JZX-22 sobre asunto "zona de peligro" en el sur de Uganda.»

—¿Zona de peligro? ¿Al sur? —indagó Karin—. ¿Qué significa eso?

—No sé. Son radioaficionados. Sigamos escuchando, por si se refieren a algo relacionado con este diluvio. Es posible que haya inundaciones o desprendimientos.

La radio continuaba ya:

—«JZX-22 informando sobre "zona de peligro" al sur... Ultimos informes del Gobierno señalan imposibilidades de vuelos de

reconocimiento. Urgen informes a habitantes de esa zona sobre peligro creciente de las radiaciones. La lluvia y la electricidad de la atmósfera pueden contribuir a propagar las posibles radiaciones de la cápsula espacial en ese sector, comprendido entre Lago Victoria y la frontera con Ruanda.»

—¡Lago Victoria y Ruanda! —repitió Karin—. Estamos justamente en esa zona... Asintió, ceñudo, Loomish. El radioaficionado continuaba ya:

—«Informaremos de ello, JZX-22... Informaremos de ello para que la emisora oficial de Kampala emita nuevos informes a la zona. No hay por el momento noticias. La cápsula americana sigue perdida en ese sector. Posiblemente contaminando el ambiente de modo peligroso... No se sabe lo que puede llegar a emitir su fuselaje y...»

La emisora se perdía entre interferencias y ruidos parásitos. Pero ambos jóvenes habían escuchado lo suficiente por el momento. Se miraron, con alarma.

—Radiaciones... —murmuró Scott—. Una nave espacial, una cápsula caída aquí...

—¿Eso es posible?

—Claro que lo es. Siempre se hacen experimentos espaciales. A veces, una cápsula puede salirse de control. El temporal habrá dificultado el rásbate de la pieza. Nadie sabe lo que puede traer adherido un cuerpo que vuelve del espacio. Acaso radiactividad, acaso gérmenes nocivos... Ese cuerpo, sometido a la lluvia durante varias horas, puede estar emitiendo algo que se extenderá de modo peligroso...

—Dios mío, Scott, ¿qué puede hacerse?

—Nada, salvo esperar a que amaine este temporal. Y no movernos de aquí. La radiación será más fuerte en el suelo. Karin, es preciso establecer comunicación con Kampala. Lo voy a intentar. Recibiremos, cuando menos, instrucciones para afrontar ese nuevo riesgo...

Y comenzó a manipular en el emisor-receptor, en un esfuerzo desesperado por intentar localizar una emisora a la cual darle cuenta de su situación.

Mientras lo hacía, Scott Loomish se preguntaba qué clase de nuevo y desconocido riesgo podría provocar la existencia de aquella

radiación hipotética, llegada del cielo.

* * *

—Lo peor ha empezado —jadeó el coronel Obodo.

—¿Lo peor? —un subordinado suyo le miró, sobresaltado—. ¿Por qué, coronel?

—El informe del servicio especial de la NASA suspiró el militar de Uganda—. Véalo. Es urgentísimo.

Su subordinado tomó el texto recién recibido en Kampala. Era alarmante:

«Detectada radiactividad de tipo desconocido en zona sur de Uganda. Máximo peligro. Detectores acusan aumento paulatino dicha radiactividad. Se intenta investigar su naturaleza en un laboratorio aéreo, pese dificultades meteorológicas. Avisen urgentemente toda clase servicios sanitarios. Controlen zona sin dejar evacuar a nadie. Imprescindible aislar seres y regiones contaminadas hasta comprobar grado y naturaleza radiaciones. Comandante Sidney Barrett.»

—Ya lo tenemos ahí —se quejó el agente ugandés—. Lo que puede terminar en desastre...

—Me lo temía —paseó con nerviosismo el coronel Obodo por la oficina—. Traten de comunicar con el poblado watusi donde se aloja ese hombre europeo, el doctor Steiner. El tiene un emisor-receptor de radio de bastante potencia...

—Lo intentamos ya antes, señor. Ese emisor no responde hace días. Debió sufrir alguna avería, y nadie se ha preocupado de repararlo. Tendremos que hacer las cosas de otro modo.

—Pues háganlas. Y rápido. No importa el temporal. Los indicios son de que amainará en las próximas horas, y quizá ceda totalmente antes del amanecer. Envíen patrullas por tierra, con vehículos anfibios. Usen también botes neumáticos o lo que sea. Pero rodeen con fuerzas suficientes el sector. Y luego, soliciten ayuda a la NASA y a la ONU, para que envíen controles de radiactividad, elementos sanitarios y de descontaminación.

—Sí, señor.

Cuando Obodo se quedó solo, golpeó con disgusto la mesa, y masculló entre dientes:

—¡El espacio! ¡El progreso técnico del hombre! Y, de repente, nos cae encima un desastre que nadie sabe remediar ... Mientras

sólo se quede en esto, bien estará. Pero cualquier día, todo puede suceder en este bendito mundo que nos ha tocado vivir.

CAPÍTULO III

LOS MUTANTES

STEINER giró la cabeza, como enloquecido.

Aquellos gritos, aquella horrible sinfonía de ruidos, de estruendo, de caos... ¿Qué estaba sucediendo en la cabaña? Y las gentes, en el poblado... Podía captar sus carreras, sus alaridos, su pánico colectivo...

Se volvió, dejando momentáneamente el emisor-receptor de radio, que estaba intentando poner en funcionamiento con toda urgencia, para avisar de lo sucedido, a las autoridades, y miró por la ventana de la cabina destinada a radiocomunicación.

En la oscuridad de la noche tempestuosa, eran visibles los cuerpos charolados de los watusi, algunos con sus brillantes vestimentas, cruzando a la carrera frente a su casa, como huyendo de ésta...

—¿Qué mil diablos ocurre ahora? —masculló con ira, olvidándose de nuevo de la radio, y corriendo hacia el laboratorio.

Antes de llegar a él, se detuvo, aterrado. Sus ojos no dieron crédito a lo que veían. Se apoyó en la pared, trémulo, desorbitando los ojos.

Nunca en su vida había visto un destrozo semejante. De Brent Garfield quedaba poco reconocible. La mano gigantesca, ensangrentada, le trituraba una y otra vez, golpeándole contra el muro como si fuese un simple monigote diminuto. Y lo era, comparado con aquella mano, cualquiera de cuyos dedos era casi la tercera parte del volumen de aquel hombre convertido en amasijo sanguinolento e irreconocible.

Por la ventana, una cara enorme, mucho mayor que el propio hueco, asomaba, con expresión crispada, rabiosa. Un vozarrón

inmenso, aterrador, hizo retemblar el poblado:

—¡Brent Garfield, asesino! ¡Paga tu crimen, como lo pagará la mujer infiel que me traicionó! ¡Asesinos! ¡He vuelto para vengarme! ¡Y he vuelto como no podíais esperarme!

¡Ahora soy invencible, más fuerte que todos vosotros, cerdo bastardo...!

Soltó el cuerpo machacado, lanzándolo a distancia. El guiñapo humano, sin vida, que fuera Brent Garfield, rebotó entre muebles y paredes, terminando inerte, no lejos del aterrorizado testigo de aquella muerte increíble.

Los ojos del monstruoso Jeffrey Ralston, mayor que un edificio, gigantesco y demoledor, se clavaron en Steiner. Este temió llegado su propio fin ante aquella colosal criatura humana, que parecía surgida de una pesadilla o de un absurdo cuento infantil.

—No, no tema —jadeó el monstruo—. Usted no corre peligro, señor. No sé quién pueda ser, pero no me hizo ningún daño jamás... Aunque me vea tan gigantesco, tan aterrador..., soy sólo un hombre. Un hombre como usted, a quien esos canallas engañaron y quisieron asesinar. No sé lo que me ha Ocurrido, no me lo pregunte.

Creí morir... y desperté con este volumen, aplastando árboles con mi peso... ¡No sé lo que sucede, pero estoy creciendo y creciendo, sin poderme detener, señor!

Se movió, y una sombra inmensa se elevó sobre el poblado watusi. Pisadas de titán hacían crujir la tierra y temblar los toscos edificios nativos. En el paroxismo del horror, Steiner buscaba una razón a todo aquello, sin encontrarla en parte alguna.

—Helen... —oyó aullar a la voz aterradora del monstruoso ser—. ¡Helen, maldita seas!

¿Dónde estás? ¿Dónde te has metido? ¡No huyas, no escapes, porque te alcanzaré, estés donde estés! ¡Nadie oculte a esa mujer, o destruiré todo el poblado y aplastaré a cuantos la ayuden, bajo mis propios pies!

Su voz hacía retemblar todo. Steiner buscaba también en vano a Helen Ralston, que había desaparecido del lugar de la hecatombe. El doctor no entendía nada de cuanto estaba sucediendo, pero si aquel monstruo gigantesco era el esposo de Helen Ralston, significaba que no mentía, que había sido antes completamente normal. Hasta aquella misma noche. ¿Qué pudo suceder esa noche,

precisamente, para que un hombre se transformara en un cíclope?

—Cielos... —susurró, humedeciendo sus labios. Desorbitó los ojos—. Lo que dijo el niño... Lo que me hizo notar ese Garfield... ¡La mantis! Si ella..., si ella ha crecido también de ese modo..., pudo devorar a Kalari, a la cabra... ¡Puede devoramos A TODOS...!

Y como enloquecido, corrió de nuevo a la radio, sin saber qué hacer, sin pensar en otra cosa que comunicar del modo que fuese a las autoridades los pavorosos sucesos que tenían lugar en aquel poblado, como si de repente el diablo mismo hubiera hecho acto de presencia con una corte de alucinantes criaturas infernales.

—No, no... —jadeó—. Yo no tengo la culpa... Yo no hice nada... Pero esa mantis..., jesa mantis piensa como I un ser humano! Y tiene hambre, y siente odio... Mi obra..., mi obra convertida en una monstruosidad gigantesca...

Dejó abierta la emisora de radio. Emitía ruidos, zumbidos... Y, muy débil, una emisión de Kampala, en onda corta. Pero la voz iba llegando con claridad, aunque con altibajos, al oído de Steiner:

—«...Y, como hemos venido insistiendo constantemente a todos aquellos que nos sintonicen en la zona sur de Uganda, comprendida entre el lago Victoria y la frontera con Ruanda Urundi, recuerden todos que están obligados a informar de cualquier novedad relacionada con las radiaciones que puede estar emitiendo en estos momentos, y que de hecho emite, un cuerpo caído del espacio, una cápsula espacial norteamericana, que no ha sido esterilizada aún, y que acaso trajo gérmenes o radiaciones extraterrestres de acción desconocida para el organismo humano, e incluso el vegetal o animal. Por tanto, insistimos en que todo radioescucha que conozca algún nuevo detalle sobre el caso, nos informe urgentemente, bien a esta emisora directamente, bien a cualquier otra, oficial o de aficionados, en funcionamiento especial de emergencia en estos momentos en todo el territorio nacional. Repetiremos seguidamente el mensaje en lengua nativa y en francés...» Alucinado, Steiner cerró el receptor. Se quedó rígido, mientras fuera, en la noche, bajo la lluvia, la voz poderosa del monstruoso Ralston se perdía en la distancia, llamando a su esposa desaparecida.

Estaba seguro que, de no hallarla, volvería. Helen Ralston podría ocultarse fácilmente en cualquier sitio, dada la diferencia actual de tamaño con su esposo. Pero él la buscaría implacable, porque el

único objetivo que mantenía ahora con vida su inmenso corpachón herido de muerte, era justamente ése: la venganza. La revancha sobre los que le engañaron y condujeron al fin.

Antes de que eso sucediera, antes de que Ralston destrozase el poblado, o antes de que la mantis, posiblemente gigantesca en estos momentos, apareciera para continuar su festín aterrador, Steiner tenía que hacer algo. Tenía que avisar a las autoridades, informar del horror que empezaba a dominar la región.

—Radiaciones... —se dijo a sí mismo, mientras intentaba emitir por su emisora, buscando la frecuencia adecuada—. Radiaciones del espacio... Ellas han influido en esto. ¡Han provocado una mutación espantosa en los seres humanos! ¡Y hasta en los insectos, sin duda! De ser así..., posiblemente TODO crecerá igual, desmesuradamente, causando el desastre total... Oh, cielos, es preciso evitarlo... Pero también es preciso que encuentre a la mantis. Yo soy su dueño, yo le inculqué inteligencia humana... El sacrificio de aquella mujer hermosa que pudo ser mi compañera en esta vida solitaria, en un rincón de Africa, para extraerle a ella su cerebro y utilizarlo en injertos con plantas y animales, incluso con insectos como esa mantis donde triunfó mi ciencia..., no puede ser inútil. No. Si yo sacrificué la vida y el cerebro de Gail, fue para dotar de inteligencia humana a mis criaturas de laboratorio. Ella lo hubiera entendido, de haber podido saber que iba a matarla... y por qué la mataba. Estoy seguro de que Gail lo entendería... Pero ahora ya no es Gail, sino una mantis hambrienta, acaso aumentada mil veces de tamaño... ¡Puede necesitarnos a todos nosotros, para saciar su apetito de una hora! Yo le buscaré comida. Yo le ayudaré..., pero antes debo encontrarla. ¡Debo dar con ella ANTES de que nadie la encuentre!

La emisora funcionaba. Febrilmente, transmitió Steiner, informando del crecimiento desmesurado de Ralston, de las posibilidades de que también algunos animales creciesen, en una repentina mutación a gigantescas proporciones. Luego, sin esperar preguntas, cerró conexión y salió rápidamente de la choza.

No dio la menor información sobre la mantis desaparecida.

Ahora era él quien iba en su busca, bajo la lluvia, ya muy débil, para tratar de salvar a su obra científica de los riesgos a que la sometía aquel crecimiento monstruoso.

Mientras tanto, otro monstruo, Jeffrey Ralston, convertido en un gigante humano ávido de venganza, recorría los alrededores del poblado, clamando porque apareciese Helen.

Eran dos búsquedas diametralmente opuestas.

Se buscaba a un insecto para salvarlo de ser destruido.

Se buscaba a un ser humano, una hermosa mujer, para aplastarla sin piedad.

Quizá muchas cosas dependerían de que uno u otro tuvieran éxito en su empresa o no. Muchas cosas..., y muchas vidas humanas.

* * *

Scott Loomish se quedó lívido tras escuchar la noticia recién transmitida por la nueva emisora de aficionados que captara.

—¿Oíste eso, Karin? —jadeó, clavando sus ojos en la joven, acomodada junto a él, en la copa del árbol.

—Sí... —ella se estremeció—. No puede ser posible..., que alguien haya informado de eso desde aquí...

Loomish miró a la noche. Las últimas gotas de lluvia tamborileaban. El temporal cedía definitivamente.

—Cielos... —musitó—. Dicen que la llamada procede de esta región. Ha sido visto un..., un monstruo humano. Un gigante...

—Dijeron que era un hombre famoso: Ralston...

—Un millonario. Ralston... ¿Recuerdas el nombre de la mujer que llegó al campamento de los watusi?

—Sí... La señora... Ralston...

—Debe ser su esposo, Karin.

—Dijo que había enviudado, que el aguace llevó su cadáver...

—Tal vez no fue así. Y víctima de la radiación, ha vuelto, convertido en un monstruo, en un ser anormal... Sería terrible que ese mal llegado del espacio... provocase una mutación monstruosa en los seres humanos.

—Ese informe radiado, que no ha recibido aún confirmación, según el radioaficionado de Kampala, mencionaba también... a... a animales.

—Steiner... —recitó fríamente Loomish—. Ha sido Steiner quien radió eso, seguro. Posee emisora de radio, aunque no funcionase por avería. Pudo repararla, como he hecho yo, obligado por las circunstancias.

—Pero si ha sido Steiner y menciona mutaciones posibles de

animales, podría ser que él..., él hubiera visto... *otras* mutaciones...

—¡La mantis! —exclamó Loomish. Se volvió al profesor Mulder, mudo testigo de la charla—. ¿Se imagina eso, profesor? ¿Una mantis... gigantesca?

—Sería..., sería espantoso, Loomish. Un horror viviente como jamás hubo otro. ¡El insecto más voraz y cruel de todos, dotado de un volumen y una fuerza gigantescos, casi ilimitados...!

—Y un hambre también ilimitada... —le recordó roncamente Scott.

—Sí —inclinó Mulder la cabeza—. Sobre todo, eso...

Aprensivamente, Karin miró en tomo. Se aferró al brazo de Scott, mientras los arbustos de la copa crujían, bajo su cuerpo de rubia walkiria joven y hermosa.

—Dios mío, Scott. Podría suceder que cerca de nosotros, en este momento..., alguien nos pudiese amenazar...

—Sí. Podría suceder —Loomish sacudió la cabeza, aturdido—. Y lo peor es que también nosotros mismos estamos en peligro de vemos contagiados por esa radiación mutante... Esta es la zona misma del peligro...

—Tal vez si deja de llover, la contaminación se amortigüe o extinga —sugirió Mulder, sombrío—. De todos modos, no debemos movemos de aquí. Bajar al suelo podría sernos funesto, con esa corriente de agua quizá saturada de radiación, si la cápsula está cerca... Con el nuevo día y el cielo despejado, los aviones y helicópteros podrán sobrevolar la zona.

—Si esa noticia llega a Europa y Norteamérica, enviarán algo más que aviones de reconocimiento —señaló Scott—. Va a ser preciso un auténtico despliegue de combate, si las criaturas gigantescas se vuelven feroces..., o si seres como una mantis crecen y crecen sin Control...

—Eso haría de este lugar lo más parecido a un mundo prehistórico —gimió el profesor, con voz ahogada. Y miró en derredor, preocupado ostensiblemente.

Pero las sombras de la noche eran insondables. Nadie sabía dónde o en qué forma podía ocultarse el riesgo.

De súbito, un ruido a sus pies les sobresaltó. Todos ellos inclinaron la cabeza, tratando de ver entre los ramajes. Instintivamente, Scott tomó su potente rifle, aunque temía que no

iba a servir de mucho contra un gigante de seis o siete metros de altura, y menos aún si ese ser gigantesco era... una mantis hambrienta y llena de odio.

Por fortuna, Scott solamente captó una figura humana que corría desesperadamente, arrastrando hojarasca y fango entre sus pies desnudos.

Era una mujer.

—¡Helen Ralston! —jadeó Scott, asombrado.

Y llevado por un sentimiento natural de humanidad, se inclinó, llamando a la fugitiva:

—¡Eh, señora Ralston! ¡Aquí!

Ella exhaló un alarido de pánico, cayendo de espaldas en el barro salpicado de arbustos destrozados, al tiempo que chillaba con voz histérica:

—¡No, Jeff, perdón! ¡Perdón, Jeff, por el amor de Dios! ¡No quiero morir, no quiero morir! ¡No, Jeff, no puedes ser un monstruo tan terrible, tan grande...!

Y se revolcaba en el suelo, patéticamente, sin importarle el barro ni los arañazos que hacían sangrar su piel, rascada por los ramajes rotos por la furia del recién extinguido temporal.

Scott trató de asomarse entre los ramajes, para que le descubriese.

—No, señora Ralston —le avisó—. No somos gigantes. Sólo unos amigos que pretendemos ayudarla. Vamos, suba pronto. Aquí estará a salvo de todo peligro...

Ella asintió, frenética, con ojos desorbitados, dándose cuenta de que veía a personas de su mismo volumen. Entre sollozos, comenzó a escalar el tronco del árbol, dirigiendo miradas atrás, por si era perseguida.

Scott se descolgó por el tronco, para tratar de ayudarla con su propio brazo, aferrando él con el otro a una fuerte y flexible rama del árbol.

Justo entonces, un estruendo espantoso llegó de los límites del bosque, en la sombra de la noche. Ella se volvió, chillando aguda, histéricamente.

El suelo temblaba bajo unas pisadas. Algo, una sensación enervante de muerte y de horror, paralizó a —Scott, que buscó en las tinieblas alguna forma viviente.

Un sonido ronco y alargado llegó de la sombra.

—¡Es él! —gimió Helen—. ¡Es Jeff! ¡Mi esposo, Jeff, convertido en un gigante horrible!

—No —negó Scott Loomish, sintiendo que se helaba la sangre en sus venas, y los cabellos de su nuca se erizaban de repente. Contempló la forma terrorífica que emergía ante él, en la noche—. Es..., es una mantis de más de siete metros de altura, señora...

CAPÍTULO IV

C A O S

ERA la mantis.

La mantis africana de Steiner, convertida en el monstruo más terrorífico imaginable. Una criatura verde, afilada, espantosa, de ojos desorbitados, boca babeante, voraz, de mandíbulas trituradoras... De odio y crueldad sin límites, de hambre inmensa...

—¡Cielos, la mantis! —sollozó arriba Karin, convulsa—. ¡Es..., es espantoso!

La figura alargada, verdosa, alada, se movía a saltos, sobre sus delgadísimas patas traseras, hacia ellos. Olfateaba su presa. Miraba malignamente a Helen y a ellos tres. Los ojos eran dos globos enormes y opalescentes, fijos en sus víctimas inmediatas. Su boca se entreabría, ávida...

—La maldita mantis... Tiene mente humana. Nos odia, sabe que no nos gusta... — Loomish se esforzaba aún por recoger a la señora Ralston, y por momentos le parecía que ella estiraba su brazo más y más hacia ellos.

De repente, alucinado, observó que no era simplemente que lo pareciese. No. Era peor, mucho peor...

¡La señora Ralston estaba CRECIENDO de forma vertiginosa ante sus propios ojos!

Ella también se estaba haciendo gigantesca, en una aceleración desmesurada de sus células, sometidas acaso a la radiación fantástica del espacio.

Loomish entendió. Los arañazos, los pies desnudos, el barro, el agua, los posibles residuos radiactivos arrastrados por la corriente...

Ella había sido contaminada. Se estaba transformando en una criatura gigantesca. A cada segundo, se hacía más y más grande,

más y más alta...

Le rebasó, casi tocó la hojarasca de la copa con su cabeza despeinada y manchada de barro. Los Mulder, tan aterrorizados e incrédulos como el propio Scott, asistían a aquella mutación fabulosa que tenía lugar ante sus propios ojos.

De la boca de la mantis, en aquel momento, surgió un jadeo chirriante, horrible, inhumano:

—¡Vosotros! ¡Sois vosotros, los que me aborrecéis y despreciáis! ¡Tú, el entomólogo, y

la bella Karin...! ¡Buen festín para vuestra amiga, la mantis...!

Y avanzó a saltos, con la voracidad y el odio en su monstruosa faz. Con sus patas de falsa posición de rezo, adelantadas para hacer presa en ellos y devorarlos.

La muerte verde y alada, se cernía implacable sobre ellos tres... Y el árbol ya no ofrecía ninguna protección. La rapidez de reflejos de la mantis, unida a su inteligencia humana de ahora, convertían aquello en un simple juego. Capturar a su festín y devorarlo, sería cosa de simples instantes...

* * *

Entonces sucedió lo imprevisible.

Helen Ralston, la infiel Helen, esposa de Jeff Ralston, se precipitó hacia la mantis gigantesca.

—¡Aparta, monstruo! —aulló la mujer, también gigante ahora—. ¡Ellos pretendieron ayudarme, y ahora yo puedo ayudarles a ellos, y purgar en parte mi maldad de antes! ¡Ya que la fatalidad quiso hacer de mí un monstruo, voy a terminar contigo, quienquiera que seas! Ahora entiendo lo que sucedió en casa de Steiner... Tú..., tú eras la mantis que creyeron ver en el poblado... Brent tuvo razón: ¡una mantis gigante y voraz! Bien, ¿vas a poder devorarme a mí, bestia feroz?

—¡Soy una mantis con cerebro humano, mujer! —rugió chirriante, ácido y repulsivo, el animal odioso—, ¡Y soy más fuerte que tú...!

Luego, se precipitó sobre ella de un salto. Le hizo presa con sus patas adhesivas, mordió ferozmente en la carne prieta de la mujer ahora gigantesca...

El suelo tembló, los árboles oscilaron, deshojándose ante la fantástica lucha de macroseres titánicos. Con un alarido, Helen vio

su brazo derecho desgajado, su seno colgando, bañado en sangre, por la mordedura brutal de la mantis humanizada mentalmente por Steiner.

Pero ella, a su vez, logró abatir a la mantis, que rodó por el suelo, entre temblores del terreno convulso. Era como asistir a un duelo de dinosaurios en la prehistoria. Scott, horrorizado, había subido de nuevo, aterrando a Karin entre sus brazos. Ella temblaba, testigo alucinado de la espantosa escena.

La pugna continuaba, feroz. La mantis recibía golpes brutales de Helen, y una de sus patas se quebró con un chasquido. La venganza del pavoroso insecto, fue feroz.

De repente, sus mandíbulas sujetaron el rostro de Helen por sus mejillas. Cerráronse aquellas mandíbulas babeantes. Un alarido inhumano brotó de labios de la mujer gigante.

Al soltar la mantis su presa, Helen no tenía rostro. Un manchón enorme de sangre cubría su hueco, sobre el hueso. La mantis trituraba gozosa con su boca horrible...

Helen rodó a un lado, agonizante. La mantis, triunfal, se movió hacia el árbol.

—¡Helen! —aulló una voz.

Y otro gigante, Jeff Ralston, brotó de entre los árboles de la selva, lanzándose sobre la mujer gigante, cuyo estado descubrió pronto. La miró, aturdido. Luego, clavó sus ojos en la saltarina mantis que buscaba a Scott y los Mulder...

—Helen... Ella era cosa mía —jadeó Ralston—, ¡Mi venganza personal, maldito insecto! La mantis se volvió a contemplarle. Su voz agria sonó estruendosa:

—¿Qué importa quién la matara? Vete. Debo seguir mi festín...

—¡No! —aulló, frenético—. ¡Eso, no! ¡Era tarea mía, bestia estúpida! ¡Yo debí matarla a ella! ¡Pero lo haré contigo ahora!

Y de nuevo el duelo titánico parecía que iba a iniciarse, cuando una vocecilla casi inaudible, junto a los sonidos estremecedores de los dos titanes, sonó en el claro:

—¡Espere! ¡Espere, Ralston! ¡No toque a ese animal! ¡Es mío, es mi obra...!

Y un pigmeo, el pequeño Steiner, creador de monstruos, corrió a proteger, con su cuerpo diminuto de ser humano normal, al gigantesco insecto que él dotara de humana inteligencia.

La mantis contempló con sus ojos desorbitados a Steiner. Un rugido cruel brotó de sus labios repugnantes de insecto.

—¡Doctor Steiner! —siseó— Mi creador... ¡Asesino de su propia amante, Gail, para meter su cerebro en este cuerpo! ¡MI cerebro, doctor Steiner, canalla maldito! Yo sigo siendo Gail, en parte...

—¡No, no! —jadeó Steiner, al ver avanzar al monstruo de su creación hacia él—. ¡Yo sólo pretendo salvarte, protegerte! ¡Ven, huye conmigo! ¡Te ocultaré!

¡Eres mi obra! ¡Mañana, soldados y aviones os atacarán! ¡No pueden destruirte a ti!

—Asesino... ¡Monstruo! —aulló la mantis que pensaba como humano, como mujer vengativa.

Y su pata rápida, tomó fácilmente el cuerpo de Steiner. Lo llevó a su boca.

Un alarido, un crujido... y el pataleante cuerpo del sabio desapareció para siempre en la boca voraz de su propia creación.

Satisfecha, la mantis se volvió hacia Scott y sus amigos.

—Ahora..., vosotros...

Y saltó hacia los árboles.

Justo en ese momento, el gigantesco, moribundo Jeff Ralston, cayó de bruces. Era su muerte.

Al caer, su peso, su volumen, se precipitó sobre la cabeza de la mantis en pleno salto. La arrastró bajo su caída. La aplastó con su cuerpo.

Pese a su gigantesca fuerza, la mantis no pudo evitar que su cráneo se hundiera bajo el cuerpo gigantesco del millonario americano.

Crujió la cabeza aplastada. Se agitaron las patas verdes, alargadas. Un último y falso rezo de la mantis religiosa, se formó en sus patas delanteras, con la agonía.

Se movió ya débilmente, poco a poco, hasta inmovilizarse.

—Ha sido providencial... —susurró Karin, horrorizada, apoyándose en Scott, con un sollozo. Y cerró los ojos.

—Sí. Sólo la Providencia podía salvarnos de algo tan, terrible... —murmuró Scott, aún impresionado. Abrazó contra sí a Karin y murmuró—: Cálmate. Ahora, sólo queda esperar. Esperar aquí, hasta que con el nuevo día, lleguen aviones, gente que nos recoja...

Y esperar que no se puedan crear más monstruos. Ni en laboratorios científicos..., ni por culpa de los errores humanos en la conquista del espacio...

Alrededor de ellos, el silencio de la jungla, tras el duelo de titanes macrohumanos, era más largo y profundo que nunca...

FIN

Notas

¹ El doctor Ashley Gurney es el autor de esa frase que tanto retrata a la mantis. Y, en realidad, así parece ser. No se conoce ser más voraz, sobre la faz de la Tierra, que la mantis religiosa o africana. Por fortuna, su tamaño la hace inofensiva para el ser humano, aunque puede hacer sangrar el dedo de una persona. < <

² Casi medio metro de longitud. Exactamente, unos cuarenta y cinco centímetros. < <